

# EVOLUCIÓN

ÓRGANO DE LA

Federación de los Estudiantes del Uruguay



• • •

DIRECTOR :

LORENZO VICENS THIEVENT

SECRETARIO DE REDACCIÓN :

EUSTAQUIO TOMÉ

SECRETARIO DE REDACCIÓN

CARLOS BERTA

.....

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN : ITUZAINGÓ, 1292

MONTEVIDEO

## SUMARIO :

	<u>Pág.</u>
La muerte de Héctor Miranda . . . . .	121
Concepto filosófico del delito, por E. T. . . . .	140
Walter Scott, por Claudio Santos González . . . . .	146
El genio, según Seailles. . . . .	152
Apuntes de zoografía, por J. Iglesias Castellanos. . . . .	153
¿La derrota del atomismo? por Juan Carlos Aicardi . . . . .	156
Sobre el romanticismo, por A. P. . . . .	164
Evolucionismo y creacionismo, por Solís Otero y Roca . . . . .	167
Morteros y hormigones más usados, por Mario Coppetti . . . . .	176
La primera Restauración, por Fructuoso Pittaluga (hijo) . . . . .	178
Libros nuevos. . . . .	182
Publicaciones recibidas . . . . .	183

IMPRESA Y ENCUADERNACIÓN, DE SANS Y MARTÍNEZ

Calle 25 de Agosto, 527

1915

# **EVOLUCIÓN**

---

REVISTA MENSUAL  
DE  
CIENCIAS Y LETRAS

De circulación nacional y americana

• • •

SE REPARTE GRATIS A LOS SOCIOS

DE LA

FEDERACIÓN DE LOS ESTUDIANTES DEL URUGUAY

• • •

**Número suelto: \$ 0.50**

---

# EVOLUCIÓN

SECRETARIO DE REDACCIÓN:

EUSTAQUIO TOMÉ

DIRECTOR:

LORENZO VICENS THIEVENT

SECRETARIO DE REDACCIÓN:

CARLOS BERTA

## La muerte de Héctor Miranda

La muerte del doctor Héctor Miranda—acaecida el 27 del mes pasado—ha desconcertado a todos: a los que le veíamos en plena vida, rebotante de juventud, sin muestras nunca de un decaimiento físico; a los que admirábamos su labor intelectual, tan fecunda como honda, tan noble en sus proyecciones experimentales como en el altruismo de su concepción; a los que le sabíamos completo en su personalidad moral e ideológica y no ignorábamos que, sin haber alcanzado aún los treinta años, había alcanzado ya todos los éxitos; a los que le escuchábamos en la cátedra de Derecho Penal, acelerar el golpe de piqueta sobre el viejo edificio clásico para inaugurarlo bajo la invocación de los principios de la nueva ciencia; a los que seguíamos su labor parlamentaria—brevisima, fugaz, de un año—y que sobróle, sin embargo, para definir toda una personalidad dentro de la Asamblea Legislativa; y a los que le conocíamos íntimamente, y sabíamos hasta dónde hubiera podido llegar con aquel corazón extraordinario y aquel extraordinario cerebro, si este golpe fatal no le hubiera detenido en su carrera.

Nadie, como él, completó e integró su ser intelectual con tantas actividades: fué poeta, de los de «lira de hierro»; estilista, puesto que era poeta; jurisconsulto, de los de alta alcurnia, dedicándose a la más noble y más desinteresada ciencia: el derecho criminal, en que descolló, publicando «El clima y el delito» y preparando un trabajo aún inédito sobre «Medida de la pena»; historiador, que buscó y encontró nuevas sendas, escribiendo «Glorificación de los prohombres americanos», «Artigas y el Referéndum», «Bruno de Zabala», «La fundación de Montevideo» y el admirable y concienzudo libro «Las Instrucciones del año XIII»; fué hombre de acción, iniciando y organizando el 1.º Congreso de Estudiantes Americanos y cumpliendo sus deberes políticos desde diversos cargos de intensa labor; fué legislador, habiendo señalado todas las sesiones a que asistió, por algún suceso, ya una idea proyectada, ya un discurso cuya noble audacia sorprendía, ya un incidente parlamentario de cualquier índole, que servía, diariamente,

para perfilar mejor aquel carácter y aquella inteligencia excepcionales; fué director de esta Revista, en compañía del hoy Ministro del Interior doctor Baltasar Brum, habiendo ambos llevado a EVOLUCIÓN hasta un nivel que ha hecho difícil la tarea de los continuadores; pero, además de todo eso, Héctor Miranda fué un alma que se entregaba espontáneamente, grande, optimista, confiada.

La caída de este luchador victorioso en la vida y vencido por la muerte, fué unánimemente llorada. La prensa nacional comentó largamente su actuación. He aquí la forma en que se expresaba uno de sus biógrafos, desde la columna editorial de «El Día»:

«La vida humana, decía Bossuet, es como un camino cuya salida fuese un espantoso precipicio y sobre el cual hubiese que avanzar siempre, correr siempre con la rapidez de los años. Quisiéramos detenernos, recoger las flores del camino, mirar el panorama, dominar el tiempo. Pero una fuerza inexorable nos empuja hacia el abismo. Ni un paso atrás! Siempre adelante, con la visión trágica en los ojos, con la sentencia irrevocable del destino final sobre la vida! Es la muerte que a todos espera y a nadie perdona. ¡Pero cuántas impacencias en la muerte misma! Con ser tan niveladora y tan inflexiblemente justiciera, —por la igualdad soberana de la última sanción—ofrece contrastes que perturban las resignaciones de la fatalidad. ¡Cómo irritan sus predilecciones macabras de sangrienta Euménide! Es que el camino, muchas veces, tiene encrucijadas traidoras donde la muerte acecha para abrir a su antojo, en medio de prados floridos, la fosa sin fondo en que se entierran las vidas mejores, las vidas que surgieren por su fuerza los celos del misterio terrible. En sus apresuramientos desconcertantes—dijera Víctor Hugo,—no espera muchas veces que la pequeña jornada termine; no espera, para segarla, que una cabeza esté siquiera encanecida!

«Y eso ha ocurrido despiadadamente con Héctor Miranda, cuya pérdida sobrecoge y exaspera por lo injusta y dolorosa. Desaparece de improviso con este hombre nuevo—lleno de fuerza, dinámico por naturaleza, capaz de caudales empujes intelectivos, superiormente organizado para la acción y para la victoria, dotado de todos los atributos morales que requiere la realización del bien, pensador y estilista, político y maestro, en el amanecer de la vida,—uno de los exponentes selectos y vigorosos de nuestra juventud, acaso el cerebro más ponderado, mejor cultivado, más esclarecido de una brillante generación universitaria. Lo sorprende la regresión irreparable hacia la nada, en plena labor de hombre prematuramente maduro. Parecería que Héctor Miranda, adelantándose a su edad, queriendo trabajar mucho, como Federico Soulié,—valiéndonos de la expresión de un biógrafo ilustre,—hubiera trabajado de prisa con el presentimiento de la siniestra hora próxima. Desde una mocedad casi infantil, entregó su noble espíritu, todo entero, al servicio de la cultura nacional, como si el destino le

restara estímulos de tiempo para su obra, como un sembrador inegoísta que sabiendo que no habría de recoger el fruto de su esfuerzo fecundo, lo intensificara aún para que mayor fuese el provecho de los demás. Así, su vida, casi fugaz, ofrece un bello ejemplo de actividad realizadora, interrumpida, febriciente, sin una derivación ociosa, forjada con el acero de un carácter, apremiada por la cercanía del último crepúsculo...

«Estudiante, su carrera señala una serie de triunfos de buena ley, que le granjearon prestigios insuperados en las aulas propias y ajenas, ya que su nombre era ya de notoriedad en las universidades americanas. Profesor, caracterizó su cátedra de Derecho Penal por la originalidad y la modernidad de las doctrinas y de las ideas. Funcionario público, consagró sus afanes al más recto y constante cumplimiento del deber. Jurisconsulto, su palabra y su juicio tuvieron la autoridad de un erudito capaz de criterio propio y certero en los más abstrusos conflictos de interpretación. Legislador, en un año de actuación inicial, supo destacarse por la independencia de sus principios; por lo avanzado de sus orientaciones económicas, sociales y políticas, secundando con valiente convencimiento la gestión innovadora de la actualidad gubernativa; por la enérgica decisión de sus actitudes; por la precisión lógica y contundente de sus conceptos; por la elocuencia de su decir; por el saber copioso que acrisolara su insólito talento natural. En Héctor Miranda se engarzaban, para constituir una recia personalidad, cualidades que no siempre se encuentran reunidas en una misma organización individual: la inteligencia, la ilustración, el carácter y la voluntad del trabajo. Supo cultivar seria y metódicamente su mentalidad y supo poner al servicio de su equilibrio intelectual el empeño sin treguas de su amor a la acción, desafiando y venciendo prejuicios, defendiendo sin debilidades sus convicciones y sus deberes, en pugna con todas las reversiones y todos los convencionalismos de las cátedras caducas, en nombre de la libertad y de la justicia, postulados fundamentales de su religión sin dogmas. Lo mismo en sus obras didácticas, de índole histórica o científica; como en sus discursos y proyectos parlamentarios; como en su compleja producción de escritor y de tribuno—que es abundante y que sobrevivirá con honor para el país—se reveló siempre el temperamento vigoroso de hombre moderno y libre en que se tallan los renovadores y progresistas, capaces de desviarse del trillo disciplinario de los que no piensan y no sienten por sí mismos, para señalar rumbos nuevos a los sucesos y a las ideas. Héctor Miranda sabía pensar, porque era cerebralmente fuerte; sabía sentir porque tenía un gran corazón, y sabía expresar lo que sintiera y lo que pensara en una forma peculiarísima de vibrante tonalidad rítmica, sin afectaciones y eufemismos, con artísticos brochazos coloristas de imágenes bellas y espontáneas, reñidas con los lugares comunes y las frases hechas que tantas veces cubren de ramas y flores el vacío de un fondo de paisaje. Si hubiera vivido más, habría hecho obra formidable. Pero viviendo poco ha hecho lo que nadie—

no contando aún treinta años, habría podido hacer, sin fortuna, debiendo trabajar para los suyos,—porque ha hecho obra de hombre en plena madurez, de hombre meridiano, ya fuese como estudiante, iniciando e inaugurando el primer Congreso Continental de Universitarios, con la visión generosa de la aproximación intelectual y afectiva de las juventudes de América; ya fuese reivindicando para Artigas, en un libro consagratorio de tesis y de patriotismo, la gloria definitiva de la democracia rioplatense; ya fuese dictando cursos magistrales de derecho moderno; ya fuese plantando jalones de alta justicia social por medio de iniciativas tan interesantes como la del voto de la mujer; ya fuese escribiendo páginas inolvidables de literatura y de prédica política, en las cuales no se sabe qué admirar más, si la profundidad del pensamiento, la valentía de las ideas o la belleza policroma del léxico arquitectural.

«He ahí, en pocas palabras, escritas al correr de la pluma, bajo la impresión dolorosa del derrumbe de una vida tan promisoriosa, las condiciones salientes del galardo intelectual que acaba de perder el país. El Partido Colorado, por su parte, muy singularmente, experimentará la nostalgia de un elemento de sustitución difícil, tanto porque las cualidades de Miranda, ya subrayadas, lo convertían en uno de sus más bizarros abanderados de vanguardia, como porque sus inquebrantables devociones a la causa común, lo esforzaban en el cumplimiento del deber político. Héctor Miranda era un cultor, por convencimiento ilustrado, de la gloria y de los héroes del partido. Sin ser jamás—muy lejos de ello—un troglodita refugiado en las viejas tumbas para no encandilarse con la luz del sol, él desde su época sabía escrutar el pasado para recoger enseñanzas y traducirlas a las nuevas generaciones con sentimientos definitivos y con perfiles purísimos de consagraciones estatuarías. Muchos de nuestros hombres y muchos de nuestros episodios distantes, han revivido en los puntos de su pluma con luminosa intensidad. Miranda entendía el pasado como debe entenderlo y aprovecharlo todo hombre moderno: como una lección de la experiencia, nunca como una finalidad regresiva. Amó nuestros héroes y los glorificó porque sirvieron y ridimieron la patria en gestas de hierro y de fuego. Amó nuestras epopeyas y nuestros martirios, porque fueron los martirios y las epopeyas de la patria. Y de esa tradición extrajo, como un sentimiento sagrado, la fe en los grandes destinos que una raza viril, sobreviviente de todas las tormentas de la historia, fortalecida y optimista, debe realizar, por etapas más gloriosas aún, a lo largo del tiempo. Si ayer la patria se había hecho a golpes de sable bajo las banderas confundidas de la nación y del partido, hoy y mañana había que realizar, bajo idénticos auspicios solidarios, la perfección moral y la consolidación material de una gran democracia. Así lo hemos visto batallando por ideales, a veces con la aspereza de los «cuerpo a cuerpo», en los campos desapacibles de las controversias políticas; pero siempre esperanzado y optimista, con una profunda y contagiosa confianza en el porvenir, que reserva sus preseas a los más aptos

y a los más progresivos. En los últimos años, sondaizado con una situación que planteara los más sugerentes problemas de orden jurídico, económico, social y constitucional, Miranda halló su ambiente, y dentro de él dióse entero, con todas las abnegaciones de su altruísmo, a la salu-  
dable labor de fijar en la conciencia pública los nuevos derroteros de la libertad, de la justicia y del derecho... Y muere en medio de la batalla, acometido de improviso por una aciaga y brutal adversidad, sin dar todo lo que de él se esperaba, todo lo que él podía y quería dar en beneficio del país, con el escudo firmemente abrazado, con las ansias febriles de los desenlaces patrióticos, con la visión precursora del triunfo más fuerte que la muerte.»

## Los homenajes realizados

### En la Cámara

Conocida la muerte del doctor Miranda, que acaeció el 27 de Febrero a las 5 de la tarde, la Cámara de Representantes se reunió en sesión extraordinaria, de acuerdo con un pedido de los diputados Eugenio Martínez Thedy, Toribio Vidal Belo, Carlos P. Calisto, Jaime Ferrer Olais, Florencio Aragón y Etchart y Horacio Maldonado.

El señor Martínez Thedy hizo uso de la palabra, pronunciando el brillante discurso que damos más abajo, en el que este distinguido legislador exterioriza en un concepto vibrante, el hondo pesar que produjo el inesperado deceso del doctor Miranda, rindiendo tributo a la intelectualidad del extinto y a sus singulares virtudes, proponiendo las resoluciones tendientes a preparar un justiciero homenaje.

### DISCURSO DEL SEÑOR MARTÍNEZ THEDY

Es ya dolorosamente notorio el motivo que da origen a esta reunión extraordinaria de la Cámara. Con profunda congoja, acabamos de saber la muerte del diputado doctor Héctor Miranda, que ayer no más contribuía a nuestro número, aportando a la actividad parlamentaria con el sentimiento del deber ciudadano que le era grato cumplir, todos los dones singulares de que estaba revestida su acción personal. Es natural, pues, que a todos nos sobrecoja idéntica emoción de dolor y desaliento: tan fuerte e inesperada resulta la sensación de su pérdida!

Héctor Miranda era, por muchos conceptos, digno del homenaje cívico que nos proponemos realizar en la hora de su desaparición.

No era sólo un político, ni tenía tan sólo el perfil partidario, aun cuando tuviera, en el modo de exteriorizarse, la recia brusquedad de

nuestra política nacional y todas las vehemencias apasionadas propias de nuestro carácter colectivo.

Había dedicado su inteligencia—tan joven y tan promisoro ya— a trabajos destinados a honrar la nacionalidad en sus héroes, en su legislación y en su literatura.

Joven, muy joven, cuando todavía no se esperan del espíritu frutos maduros, tuvo el concepto y la visión de una alta y solidaria política americana, lanzando al ambiente el germen de una iniciativa para repercutir en el futuro con provechosa y laudable trascendencia: he aludido al Congreso Internacional de Estudiantes Americanos, con el que se propuso suscitar una inteligente fraternidad de los espíritus procedentes de todos los límites geográficos que integran el continente americano.

Cultivó las letras con gusto exquisito y con una sabiduría de excepción; se dedicó al culto de los héroes; difundió en libros que han conquistado merecido prestigio, la personalidad de Artigas y su obra, la tradición de nuestro hombre emancipador, el recuerdo del Precursor, y señaló a la admiración de todos los estudiosos, las «Instrucciones del Año XIII», fórmula genial y originaria con que Artigas inspiró a la democracia de América, definiendo a la vez las instituciones del país.

Fué juriconsulto, dedicándose con preferencia al derecho penal, que estudió ampliamente en su obra «El clima y el delito», destinada a tener un porvenir científico indudable.

Joven, vibrante, apasionado, con todas las características de nuestra política bravía, tuvo tiempo de iniciarse en el seno de esta Honorable Cámara, donde si batalló en la plenitud de su temperamento y su carácter, lo hizo con una suprema cultura, rindiendo al país el tributo de su inteligencia, con la noción de los deberes cívicos que cumplía.

Partidario acendrado, entusiasta de la causa con la que se identificó la mayoría de esta Cámara, hizo coincidir siempre, aun en las horas de mayor apasionamiento, las obligaciones para con su credo con las obligaciones del patriotismo, y en todo instante confundió la visión del país con la visión esperanzada del triunfo del partido.

No es ésta, señor Presidente, la hora más propicia para extenderme en el elogio del muerto que acaba de enlutarnos el corazón. Confieso que no me siento capaz de dominar en una síntesis expresiva toda la obra—obra que ya tenía, a pesar de su juventud—de este correligionario que baja a la tumba, cuando todos nos íbamos acostumbrando al porvenir de su inteligencia y a los éxitos de sus condiciones de político y de ciudadano.

Los prestigios de su sociabilidad personal, los prestigios ya conquistados en las lides políticas del país, la notoriedad de su virtud moral, y el brillante destello de sus cualidades intelectuales, le dan, señor Presidente, al luctuoso episodio de su muerte, un carácter y una trascendencia que yo no alcanzo a subrayar del todo. Nos habíamos



acostumbrado a deplorar intensamente la desaparición de los hombres viejos, que fueron realizando en duras y apenadas etapas, la grandeza y la cultura del país.

Hemos vivido llorando la pérdida de cuantos se han venido señalando por gloriosos esfuerzos en el ascenso de la República, hacia sus mejores formas de institución y progresos materiales. Todo esto que entristece el espíritu, nos sobrecoge aún más, señor Presidente, cuando se trata de la muerte de un hombre joven como Miranda, lleno de vida, lleno de promesas, que parecía entregado a la felicidad de vivir, que parecía difundirse en el ambiente de una salud contagiosa; dándonos la impresión de que él, gallardamente, estaba llamado a destinos mejores y brillantes; y en la hora en que todos compartíamos esta ilusión, se nos va, dejándonos en el ánimo una profunda y dolorosa impresión de vacío. . .

Me parece interpretar el sentimiento de toda la Cámara, que ha de coincidir en el homenaje, no ya partidario sino nacional, si digo que debe ponerse de pie en homenaje a la memoria del doctor Miranda. Pido a la vez que su cadáver, que su cabeza yacente, vuelva a este recinto para las exequias, siquiera como una póstuma compensación a su pérdida definitiva, a la desaparición de aquella silueta vibrante y simpática que era toda una nota en este ambiente de trabajo parlamentario.

Pido, señor Presidente, que los restos del doctor Miranda se velen en esta casa, y que se envíe una nota de pésame a su viuda, que se queda tan sola.

Espero que este homenaje rendido a su memoria, compense un tanto el dolor que a todos nos acongoja, y nos enseña que cuando las vidas útiles se emplean para el bien y el patriotismo, su ejemplo se sobrepone a la condición perecedera de la materia, como en este caso de Miranda, cuyo recuerdo no ha de desvanecerse en el espíritu, porque fué entre nosotros un caballero, un adversario leal y un correccionario infatigable! (Muy bien!)

## EL HOMENAJE

Puesto en debate lo propuesto por el señor Martínez Thedy, se acepta sin discrepancia, y los señores diputados prestan su asentimiento unánime, ampliando el homenaje en el sentido de que la Cámara costee los gastos de las exequias y acuerde una pensión a la viuda del extinto.

Respecto a esta última parte, la Mesa observa que varios señores diputados habían presentado un proyecto en ese sentido, que será considerado en oportunidad.

Aprobado el homenaje proyectado con el agregado del señor Sánchez, la Cámara se puso de pie por breves momentos.

### PENSIÓN A LA SEÑORA PICCARDO DE MIRANDA

Acto seguido se dió cuenta del siguiente proyecto de pensión a la viuda del doctor Miranda :

« Artículo 1.º Concédese por gracia especial a la señora Sara Piccardo, viuda del ex-representante doctor Héctor Miranda, una pensión de mil doscientos pesos anuales.

Art. 2.º Comuníquese, etc.—Ricardo Vecino, Toribio Vidal Belo, Jaime Ferrer Olais, Atilio Narancio, Orlando Pedragosa Sierra, Eduardo Pittaluga, Juan A. Buero, Eugenio Martínez Thedy. »

A propuesta del señor Sánchez se resolvió tratarle sobre tablas, votándosele afirmativamente y sin debate.

### DESIGNACIÓN DE ORADOR

Por último se acordó, según lo propuso el señor Pedragosa Sierra, autorizar a la Mesa para que designase un orador a fin de hacer uso de la palabra en nombre de la Cámara, en el acto del sepelio de los restos del doctor Miranda.

El Presidente de la Cámara designó al doctor Juan A. Buero.

### EL HOMENAJE DE LA ASAMBLEA—NOTA DE PÉSAME A LA VIUDA

La Asamblea General rindió también justiciero homenaje a la memoria del doctor Héctor Miranda.

El doctor Antonio María Rodríguez, después de poner de relieve la dolorosa impresión causada en todos los miembros del Cuerpo Legislativo por la prematura desaparición del doctor Miranda, mocionó en el sentido de que la Asamblea testimoniara ese sentimiento, poniéndose de pie y autorizando a la Mesa para dirigir una nota de pésame a la viuda del extinto.

La moción del senador Rodríguez fué votada con afirmativa, en vista de lo cual la Asamblea se puso acto continuo de pie, como señal del sentimiento causado por la muerte del doctor Miranda.

### EN LA CASA MORTUORIA

Apenas circuló la dolorosa nueva, la casa mortuoria vióse visitada por los elementos más distinguidos de la política y del foro, constituyendo un testimonio póstumo elocuente y un expresivo y alto homenaje a la memoria del legislador extinto.

El Presidente de la República, por intermedio de uno de sus secretarios, presentó a los deudos sus condolencias.

Entre los concurrentes se hallaban, además de los miembros del Poder Ejecutivo y de los de las dos ramas legislativas, las personalidades más salientes del foro y de las letras, y los representantes de distintas corporaciones universitarias y políticas.

### **El sepelio**

El sepelio de los restos del doctor Miranda se realizó el domingo 23 de Febrero por la tarde. Habían publicado invitaciones varias instituciones científicas, políticas, sociales; entre otras, la Facultad de Derecho, Comité de Acción Cívica, Oficina I. Universitaria Americana, Federación de los Estudiantes, clubs partidarios, etc.

En atención a los deseos de sus deudos, el doctor Miranda fué velado durante la noche del 27 en su domicilio. Por la casa del extinto desfilaron con ese motivo innumerables personas. Recién a las 9 horas del 28, el cuerpo fué trasladado al salón de sesiones de la Cámara de Representantes, donde se instaló la capilla ardiente. Un núcleo numeroso de amigos del extinto acompañó sus restos hasta la sede del Parlamento, yendo en representación del primer magistrado, el Secretario de la Presidencia, señor Arturo Brizuela.

### **GUARDIA DE HONOR**

Desde ese momento, hasta las 17 horas, en que se realizó el sepelio, hubo en los áltos del Cabildo un continuo ir y venir de personas.

En ese término de tiempo se turnaron en la guardia de honor los amigos íntimos del doctor Miranda, así como los representantes de diversas instituciones universitarias y políticas.

### **EL SEPELIO**

A las 17 horas fué sacado el féretro del Cabildo, resolviéndose que el cortejo siguiera a pie la carroza fúnebre, hasta el Cementerio Central. Llevaban los cordones el Presidente de la Cámara de Diputados, doctor Ramón G. Saldaña, el Ministro de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública, doctor Baltasar Brum, los diputados señores Fermín Hontou y Joaquín C. Sánchez, el señor Enrique F. Areco y el coronel Desiderio Arenas, que llevaba a la ceremonia fúnebre la representación del Presidente de la República.

Presidían el duelo los deudos del extinto, miembros del Cuerpo Legislativo, del foro y autoridades universitarias.

Seguían inmediatamente los amigos y admiradores de Miranda, formando un cortejo numerosísimo.

### LOS DISCURSOS

Llegado el cortejo al Cementerio Central, hizo uso de la palabra, en la portada de la necrópolis, el doctor Juan Antonio Buero, en nombre de la Cámara de Representantes. Siguióle el doctor Francisco Simón, quien pronunció un sentido discurso, por el Consejo Penitenciario, cuya presidencia desempeñaba con singular dedicación el doctor Miranda.

Seguidamente hablaron el doctor Adolfo Berro García, el bachiller Rafael Capurro, por la Oficina Internacional Universitaria Americana, el bachiller Antonio Grompone, por la Federación de Estudiantes, el señor Roberto Mibelli, el señor Hermenegildo Sabat, el señor Daniel Herrera y Thode y el señor J. José Peuza; estos últimos por diversas agrupaciones y clubs partidarios.

El bachiller Tomé, delegado por la Federación de Estudiantes, conjuntamente con el bachiller Grompone, no pudo hacerlo por inconvenientes de última hora.

Publicamos a continuación algunos de los discursos pronunciados en el Cementerio Central.

### DEL DOCTOR JUAN A. BUERO

La Cámara de Representantes se inclina ante Héctor Miranda, el primero de los jóvenes de América; el primero en la pujanza mental, el primero en la invencible osadía, el primero en el corazón magnánimo; y en la voluntad realizadora, y en el sentimiento delicado y en la adivinación del porvenir, siempre el primero; ojos centelleantes bajo la frente augusta, brazo infatigable, espíritu alerta, cerebral y sentimental, poeta de la acción, esteta del verbo, ágil e impecable, enérgico y acometivo, dinámico y exuberante, derrochando el talento, prodigando el cariño, haciendo vibrar triunfalmente la lira de hierro y la lira de oro, siempre sereno, siempre superior, siempre el primero en el gesto y en el pensamiento; así vivió coronado de rosas este peregrino que pasó por el mundo encantando las almas, conquistando las voluntades, renovando rimas heroicas, embelleciendo la vida de los que le amaron, como si por un prodigio divino le hubiese sido otorgado el don de irradiar la ventura, la alegría y la gracia sobre estas generaciones que sufren y que dudan, agitadas en la absurda angustia del vivir sin esperanza.

Héctor Miranda—sobre el plinto de su obra marmórea—es el tipo definitivo de la juventud perfecta.

Todo el perfume, todo el vigor, todas las promesas primaverales, vivieron en él; en su doble milagrosa aptitud para la acción avasallante y para la especulación superior, realizó un alto ideal de vida, intensa y breve. En su inquieta niñez, señalada por precocidades reveladoras; en su adolescencia pletórica, ebria de calor y de movimiento; en su juventud fecunda y plena como un mediodía de estío; en todo el breve curso de su vida, ni un instante perdido, ni un desfallecimiento, ni una solución de continuidad. Como si los Hados Funestos le hubiesen advertido la traición emboscada en la sombra, un febril apresuramiento le llevó a producir en lapso exiguo, la cosecha intelectual que sólo se promete al hombre maduro. A los veinte años tuvo el entusiasmo amoroso y creador que es gloria de las mocedades, conjuntamente con la melancólica sabiduría del Otoño. Optimista por vocación de su temperamento afirmativo, supo también, en las horas de la intimidad afectuosa, meditar estoicamente sobre la vacuidad de la existencia y sobre la estéril tristeza de nuestros esfuerzos. El ritmo de su sangre ardorosa le llevó briosamente al combate, en el que fué adversario pujante y leal compañero; mas en la dulzura del reposo bien ganado, supo desceñir el tahalí del guerrero para entablar pláticas en comunión con las musas, mientras el tramonto ponía un fulgor en sus ojos y una llama en su poética cabellera.

Permitidme, señores, en este instante de supremo dolor, que yo evoque algunas horas lejanas que tienen para mí el encanto con que supo exornarlas el gran amigo muerto.

Permitidme que os lo muestre como poeta, cantando en prosa de bronce las glorias de esos héroes que él tanto amó en su ingenua adoración por lo Formidable y por lo Inmenso. Vedlo en plena niñez, inaugurando la revelación de Artigas estadista; contemplad con qué divino prodigio de adivinación histórica, él reconstruye las lentitudes tediosas de la vida colonial en su definitiva «Fundación de Montevideo»; observad que su pluma de mago hace surgir ciudades y campamentos, indios oscuros, águilas y ejércitos en labor de batalla. Artigas le seduce, le posee, le embelesa. Y como es poeta de alto estro lírico, siente a su personaje con tal videncia profética, que llega a conaturalizarse con él, en una hechicera conjunción de almas y de anhelos. Y he ahí que Zabala nace a la historia en su ponderada rectitud de hidalgo apuesto; y luego Bolívar, anormal y genial; Sarmiento, adusto e implacable; Martí, tonante como un Hugo finisecular; Lugones, en la satrapía de su dominio joyante; Daría, numen de América nueva. Y para todos ellos tuvo Miranda la efusión de su sentimiento, el canto de su arpa, el tributo de su homenaje. Nadie, entre las modernas generaciones, le igualó en el Elogio de los Héroes. Porque ante las almas dolorosas y egregias, Héctor Miranda sentía esa fascinación subyugante que dimana de la comprensión absoluta y de la indisoluble fraternidad. Es que el alma heroica de Miranda se sentía en presencia de sus hermanas gemelas.

Pero, simultáneamente a ese culto de la fuerza juvenil, del lozano esfuerzo; conjuntamente con su entusiasmo por el gallardo atleta de las Piedras o por las iras salvadoras de los poetas malditos, el alma bondadosa de Miranda supo albergar tesoros de piedad misericordiosa para las anónimas legiones de hombres que sufren. Para él, la majestad del espíritu exigía como concomitencia necesaria, la llaneza del corazón.

Adversario de los tibios convencionalismos y de los actos vulgares, se presentó tal cual era en la intimidad de su ser: franco y libre; claro y honesto; desnuda su alma como «la mano que se da o como el labio que se besa». El Artigas de Miranda, es la exacta comprobación de mis dichos: antes que el vencedor de las batallas, Artigas es para nuestro amigo, el Padre de los Pobres y el Protector de los Pueblos. Y el gran muerto prefiere, al yámbico de la Meseta o a la epopeya de las Piedras, la égloga del destierro final. Comprende que el gran corazón de Artigas, su comprensión sentimental y moral, valen tanto como la ciencia de los doctores de Córdoba y como la discreción de hábiles estadistas; y le proclama, en justicia, nuestro primer ciudadano, nuestro primer conductor de pueblos libres.

Leed, os lo ruego, esas magistrales páginas del Éxodo en «Las Instrucciones del año XIII». La amargura de los exilios, el crepitar postrero de los fogones que se apagan, el clamor de las muchedumbres que rodean al Patriarca, os embaغان y os inquietan. Y merced a la poderosa evocación del historiador-poeta, sentís la gestación de la patria, bajo las estrellas frías de la noche lejana. Su ansia de justicia, su piedad para los desconocidos y para los tristes, le llevan a exaltar la personalidad de Andrésito, el indio rústico que padece la crueldad sangrienta de las conquistas; y se emociona su ternura frente a la extinción de esas progenies dueñas de América ante la brutal violencia de los colonizadores. En Romance de Lobos se patentiza esa dualidad superior; él admira la robusta arrogancia de los paladines de nariz corva y de corcel piafante; pero ante la ignominia de los segundones voraces, llora, con el Pobre de San Lázaro, la miseria de los oprimidos y pide bálsamo para sus heridas y pan caliente para sus bocas hambrientas. Y como si esto no bastara para dar muestra de su complejidad desconcertante, aborda en Zarzo Florido un gentil tesoro de Grecia, con estilo deslizante y sutil, como si al tronar de las epopeyas siguiera la suave caricia de las dulzainas, y como si los cóndores de largo aliento que él gusta ver revolotear sobre los ejércitos en demencia, dejasen su paso a cándidas palomas y a las alondras que riman en rápidos trinos la alegría de vivir, bajo la opulencia del sol.

Todo en Miranda era grande y excepcional, hasta su modestia risueña. Las ideas más triviales, luego de sufrir el análisis de su cerebración luminosa, cobraban nobleza, vastedad, trascendente desinterés.

Soñó profundamente el gran ensueño de Bolívar, y quiso la comunión de las patrias americanas. Laboró minuciosamente y con fe inque-

brantable, por la reuñión del 1.<sup>er</sup> Congreso de Estudiantes. Triunfó valientemente; presidió la primer asamblea de la América joven; infundió con su cálida audacia de iluminado, un nuevo brío a las mocedades del continente. Y los que vinieron a Montevideo, de regreso a sus patrias, llevaron a todos los ámbitos, por gracia de Miranda, un nuevo cariño, un nuevo ideal, una nueva fe, una nueva esperanza. Y la obra de Héctor no se extingue; antes bien, perdura con sucesivas victorias; y en esta hora, en que su nombre ha sido aclamado por las nuevas generaciones de nuestro mundo, en que se le admira y se le ama, tras nuestras fronteras, a través de las intactas florestas, allá en las montañas nevadas, desde el Perú al Brasil y desde la Argentina a la Guayana, se inclinarán las cabezas fraternales, como si un aletazo de sombra infinita, negase violentamente la gloria amorosa del sol.

He aquí por qué Héctor Miranda pertenece a la historia del Continente; su ensueño y su energía rebasaban el límite de nuestra estrictez ambiente; conmovió y enseñó a los americanos primaverales. Díjoles la buena palabra de paz, desplegó la santa bandera de amor, y con visión nítida de nuestros devenires políticos, señaló la ruta difícil, en absoluta fraternidad, en total sinceridad de propósitos, y cuando la juventud paraguaya—que le había llamado a su seno para que le dijese de Artigas—le aclamó en un delirio fraterno, él comprendió que su gran obra de soñador no sería presa del tiempo; y que sus ideas valaces y victoriosas, habían conmovido el corazón de América; y que una nueva aurora anunciaba con el clarín épico de los coros juveniles, el advenimiento soñado de una era exenta de inquietudes y de mutuos celos.

He ahí el adolescente que fué poeta, historiador y político. Político en la tolerante acepción que le dieron los helenos; capaz de discernir en el instante la tendencia y el interés de los hombres y de las muchedumbres; audaz y valeroso, pero leal y grato a todo apoyo sincero, accesible a todos los movimientos de piedad cuando el adversario se detenía en sus impulsos. No engañó jamás en sus ideas políticas; su admiración por las grandes figuras del Partido Colorado—Rivera, Batlle—fué definitiva y ardorosa. Batió en derrota todos los prejuicios y no transigió jamás con una injusticia; como legislador, su oratoria no hizo sino transmitir el efluvio de su temperamento; todo firmeza, inflexibilidad, lealtad, claridad y esa gallardía arrogante que le sedujo en los bravos galantes caballeros, él la poseyó durante toda su vida sin miedo y sin reproche. En el Derecho Penal triunfaron sus condiciones de método y precisión vigorosa que le hicieron notorio en las aulas cuando aún descifraba el misterio del código. Mas luego, que llegó al dominio de la ciencia jurídica, bregó como legislador por la reforma de la enseñanza penal, tendiendo a la individualización del castigo y arrojando lejos de sí vetustas doctrinas que no se avenían con el libre positivismo de su carácter. Reformó la legislación obrera; proyectó el sufragio de la mujer; proclamó la necesidad de sanear

nuestro régimen agrario. Y eternamente puso su afán en redimir al cautivo, en liberar al ignorante, en dar tierra y hogar al gaucho nómada, carne de cañón y unidad de montoneras, que hizo patria gloriosa en la pobreza de su chiripá y en el orgulloso cascabeleo de sus nazarrenas. Humanizar nuestras cárceles, instruir y educar a nuestras mujeres, poblar nuestra campaña, mejorar nuestro régimen de elecciones, hacer en lo posible que fuese realidad el reinado de la commiseración y de la justicia; tales fueron los últimos propósitos de Héctor Miranda.

Y su muerte, tranquilamente estoica, fué la resultante lógica de su existencia. Horas antes del desenlace, con el espíritu atribulado por la obsesión certera, aún hablóme de bellos libros en preparación, de magníficos párrafos de Lugones, de una luminosa biografía de Martí; olvidamos el momento doloroso y dimos en evocar comunes recuerdos, áureas estrofas, magníficos proyectos, ilusiones, al fin. Los que viven no son los que se humillan y se ocultan; los que simulan y mienten; los que faltos de salud moral, visten ropaje burlesco en una atroz comedia trágica. Los que viven son los que realizan franca y brutalmente su personalidad contra todos los obstáculos; los que viven son los que luchan, los que tienen el alma alucinada y la frente en surcos de pensamiento; los que viven son los que escalan la montaña, olvidando las zarzas y pensando en la luz de la cumbre; los que albergan algún alto designio, los que tienen

... devant les yeux, sans cesse, nuit et jour  
Ou quelque sainte labeur, ou quelque grand amour.

Una santa labor, un gran amor; he ahí la vida de Miranda.

No hagamos—a este adversario de lo trivial—la injuria de despedirlo con lamentables y usuales palabras. Prometámosle amarle en sus hechos y honrarle en su espíritu.

Yo saludo los restos mortales de mi más grande amigo, de mi maestro de ciencia y corazón; él se lleva lo más noble y alto de mi pensamiento, el ciclo más venturoso de mi juventud. Yo le saludo en nombre de la Cámara de Representantes; yo le saludo con toda la tristeza de un alma en que se hace lentamente el crepúsculo. Y si hubiera de rendirle el antiguo tributo floral, depondría en su tumba, mientras el sol declina sobre los cipreses tranquilos, aquellos nardos y aquellas rosas que trasuntan en el gentil lenguaje de los cálices húmedos, la vigorosa naturaleza de su espíritu y el delicado aroma de su fantasía.

#### DEL DOCTOR SIMÓN

Señores:

Inclinémonos amargamente resignados ante el arcano de la muerte, ya que nos deslizamos inatentos ante el misterio de la vida.



Una esperanza que se extingue; un destello de luz intelectual que escintiló un instante con vivos resplandores en el sereno cielo de la patria, para caer en lo oscuro incognoscible de la noche infinita; una existencia en flor, llevando en sí el germen de fecundas promesas en vías de realización; una actividad en perpetuo despliegue, rica, matizada y opulenta, que encuentra en su propia espontaneidad su razón de ser, estimulante y aceleratriz; una voluntad siempre tendida hacia la decisión rápida y firme, apoyada sobre una reflexión nítida y segura; un corazón agitado de continuo por los sentimientos más puros y nobles, naturalmente bueno, leal y consecuente hasta el sacrificio; un temperamento inflamado por la sagrada llama del entusiasmo, valiente, fogoso a veces, batallador siempre; todo este caudal de altas virtudes y excelsas cualidades, desaparece con Héctor, como familiarmente le llamaba la ternura y el amor de sus amigos.

Sí, la figura de Miranda había conseguido perfilarse por sus condiciones originales y sus rasgos bien marcados, como un verdadero carácter y una inteligencia superior, que aún no había culminado la curva ascendente de su desarrollo, y de la cual había fundados motivos para esperar frutos más óptimos de los que su brillante carrera por la vida había ya producido. Espíritu múltiple, desdoblado en mil facetas irisantes, estaba organizado para responder adecuadamente a todas las excitaciones del medio, para reaccionar en forma exquisita en presencia de las más variadas circunstancias, y para abordar los más difíciles problemas; pero su alma esencialmente buena y amante, inclinada por una imanación natural hacia el sacrificio y el bien, tendiendo por espontáneo instinto a darse, darse sin tasa ni medida, en el sentimiento, en el pensamiento y en la acción, iba como arrastrado por las energías combinadas de todo su ser hacia las soluciones más justas y humanas. Donde hubiera una lágrima que enjugar, un dolor que mitigar, un derecho que reivindicar, una idea avanzada que imponer, allí estaba Héctor poniendo a su servicio todo el fuego de su volcánica pasión y todo el empuje de su vigorosa y esplendente juventud, que era como una irrupción de vida y de salud triunfantes.

En la cátedra, en la vida parlamentaria, en su actuación política y en sus obras históricas, ha dejado la huella luminosa de su alto intelecto y el sello de una fuerte personalidad.

Sobre la tumba que se abre para guardar tanta plenitud de vida tronchada en flor, en nombre del Consejo Penitenciario, del cual fué él activo, emprendedor y entusiasta Presidente, depongo la lágrima del sentir con la siempreviva del recuerdo, auno nuestra voz, la voz del Consejo donde él actuaba con más entusiasmo y brío, a la amargura trastornante que enluta todos los corazones, al recuerdo del hogar recién formado y ya tan pronto vacío, y sobre todo al de la pobre madre, que recrudece hoy su llorar, gimiente aún en pleno y hondo dolor. . .

## DE ROBERTO MIBELLI

Señores:

Nos sorprende la catástrofe, que no otra cosa significa el deceso de Héctor Miranda, en una hora de patrióticos entusiasmos y jubilosas esperanzas.

Ha caído como un gran jalón de luz, entre las dos Presidencias gloriosas: la revolucionaria de Batlle y la constructiva de Viera, como si la Fatalidad hubiera querido, hiriendo profundamente nuestro corazón, hacer inolvidable y eterno el episodio histórico, que afirma, en el esfuerzo sucesivo de dos hombres-héroes, la hora culminante de la nacionalidad.

Hagamos un alto en la marcha, ya que hemos perdido un pedazo de nosotros mismos. ¿Podríamos acaso olvidar que Héctor Miranda tomó parte en la gran batalla, pródigo y hábil como uno de esos soldados heroicos, diez veces condecorado y otras tantas herido, que son como la admiración de los ejércitos porque son sus más pujantes paladines? Él fué de los nuestros en la hora fausta de la metamorfosis, cuando el árbol partidario, mutilado en sus ramas viejas y enfermas de involución, se afirmó victorioso en sus raíces históricas y vibró armoniosamente con el soplo promisor de las modernas ideas. Unió su brazo al nuestro cuando, aceptando la viril leyenda autóctona, fué menester pasar el río homicida dándole el pecho estoicamente, para salvarse todos o morir todos solidarios en el triunfo o en la muerte. Nos trajo un corazón fuerte y un cerebro gigante. ambos espada y arado a la vez, aptos uno y otro para afirmar el derecho y preparar la germinación generosa de nuevos y redentores ideales.

Le recordaremos siempre. Pocos tuvieron, como Héctor Miranda, tanta riqueza y tanta prodigalidad de energías. Identificado con nuestro pasado artiguista por la propensión natural de su espíritu, e hijo de la nueva época por los presentimientos de su corazón, podría decirse de él que fué el prototipo de la nueva raza. No desdeñó—al contrario—el ejemplo edificante siempre de la historia de la nacionalidad; pero ilustrado en la vida universal, que es un hervor perenne de intensas pasiones e ideas modernas, infundió en el cuerpo sólido e impulsivo de nuestra raza valiente, el nuevo Evangelio que Litré sintetizó magistralmente en esta fórmula triunfadora: «Siempre más alto, siempre más lejos».

No conoció la derrota. Fué siempre primero y triunfó, como los cóndores, a fuerza de alas. En las clases y en las justas literarias, en el seno de la juventud y junto a los estrados de los próceres, inspiró movimientos pujantes, como esos motores maravillosos de la moderna mecánica. La política—en ninguna parte tan tormentosa como entre nosotros—le atrajo. Y en ese campo de acción, lleno de riesgos y de com-

promisos, su personalidad se afirmó siempre triunfalmente. Y con él, señores, hemos llegado al final de un gobierno titánico, contra el cual han caducado, impotentes e infructuosas, todas las fuerzas confabuladas de la reacción. Ahora que todos los triunfos yacían a sus pies, sumisos y útiles, muere . . . Ella solamente, la muerte, podía vencerlo!

Héctor Miranda trabajó con nosotros, en el Gran Comité Nacional pro candidatura del doctor Viera. ¿No es enormemente injusto que sus ojos se hayan apagado para siempre, antes de la hora inminente del éxito?

Sembrador infatigable que no has podido recoger las mieses remuneradoras; leader que faltas a la suprema apoteosis de esta hora; compañero que has labrado parte de la gloria del país; aquí, al lado de tu corazón, que algún día se transformará en perfume, cerca de tu cerebro, que ya se habrá marchado al sol, a enriquecer su perpetuo patrimonio de luz, te dejó la angustia de todos nosotros, angustia que mañana, cuando el pueblo entero consagre el pasado grandioso y el porvenir fecundo, se reflejará involuntaria e inevitablemente en los tristes silencios y en las miradas ansiosas, que te buscarán infructuosamente en la columna, mientras marcharemos ¡ay! sin ti rumbo a tus sueños y a nuestros sueños, «siempre más lejos, siempre más alto».

#### DEL BACHILLER RAFAEL CAPURRO

Voy a expresarme, señores, en nombre de la Oficina Internacional Universitaria Americana. Quien dice la Oficina Internacional Universitaria Americana, dice los estudiantes de América. Y bien; sobrado derecho tiene, a que una voz, haciéndose eco del sentir internacional, clame en esta dolorosa ocasión un saludo triste y justiciero, quien inició hace siete años en Montevideo tan gallarda y bellamente la comunión de las almas juveniles del continente.

En esa época yo era casi un niño y tuve la fortuna de asistir, no sin asombro, a la eclosión magnífica del amigo que tan inesperadamente ha desaparecido del escenario de la vida, donde le aguardaba una fructificación abundante y fecunda.

Yo ví entonces a Héctor Miranda, con naturalidad y destreza inusitadas, dirigir a imprimir orientaciones a aquel torneo memorable del pensamiento joven americano, y escuché su palabra sonora modular cantos de victoria y de esperanza ante los hermanos de más de veinte naciones, quienes celebraron entusiastamente al iniciado y ciñeron sus sienas cargadas de pensamiento, con lauro perenne.

Desde entonces, los que habíamos actuado a su lado, no dudamos por un instante de su triunfo definitivo, y nos dispusimos a contemplar su ascensión inevitable hacia las elevadas cimas, donde no siempre el ambiente es diáfano y tranquilo, ascensión que realizaba con vuelo amplio y vigoroso, cuando una circunstancia hartamente desgraciada viene a poner fin a sus preciosos días.

Y en las horas de partida mostró la misma entereza de ánimo, la misma grandeza de espíritu que había ostentado en las horas de esperanza y de éxito.

Aceptó la muerte como había aceptado la vida, es decir, con gran valor, porque Héctor Miranda, aparte de su talento privilegiado y preteiforme, era ante todo un valiente.

Tomó la vida seriamente, pero sin mayores ilusiones; tenía demasiado talento para esa clase de fantasías; luchó rudamente, porque la lucha fué su manifestación natural de actividad y porque tenía fe en la acción bienhechora del esfuerzo humano.

No padeció vacilaciones; disfrutó de plena serenidad y diafanidad de espíritu en los momentos que debía abandonar lo que le era más querido y los hermosos sueños de su alma latina. Cosa doblemente admirable si pensamos que en su corazón en flor, bullían rumorosamente los afectos profundos, las pasiones tempestuosas y las ambiciones estimulantes que debían hacerle amar la vida, y que, por otra parte, estaba desprovisto de las afirmaciones místicas sobre el más allá, a las cuales no autoriza un razonamiento positivo.

Así como ante las soluciones factibles mostró una voluntad y una energía inmensas, ante lo irremediable supo estoicamente cruzarse de brazos y dejar impasible que en radiante aurora la noche lo envolviera en la melancolía de sus pliegues, y sólo su pupila severa significó en la elocuente mudez de los instantes postreros, las intimidades inefables que conmueven a un alma fuerte y buena.

### DEL BACHILLER EUSTAQUIO TOMÉ

Señores:

La Federación de los Estudiantes del Uruguay, me ha designado para que rinda en su nombre el último tributo al que se llamó doctor Héctor Miranda.

Muchos eran los títulos que vinculaban a la entidad estudiantil con el ilustre muerto, y por lo tanto, mucho más dolorosa es la misión que se me ha confiado.

La vieja Asociación de los Estudiantes lo contó entre sus más decididos componentes, y haciendo justicia a su talento, lo designó para ocupar la presidencia, marcándose entonces la más floreciente etapa de la Asociación. A su vez, la revista EVOLUCIÓN sintió la poderosa influencia de su privilegiado cerebro, constituyendo, la serie de números que aparecieron bajo la dirección del doctor Miranda, el más alto exponente de la mentalidad estudiantil de su tiempo.

Y cuando más tarde se hizo necesaria la vinculación de los estudiantes americanos, fué Héctor Miranda—junto con Baltasar Brum—quien dió la clarinada inicial despertadora de los entusiasmos dormi-

dos, y que motivó la reunión en nuestra capital del 1.º Congreso Internacional Sud Americano de Estudiantes, Congreso que nombró presidente a Héctor Miranda, como justo homenaje a su calidad de iniciador.

Cuando abandonó las aulas, no se desvinculó el doctor Miranda de los estudiantes. Nombrado catedrático de Derecho Penal, fué más un amigo que un catedrático, y en la memoria de los que tuvimos el honor de ser sus discípulos, perdurará el recuerdo de sus sabias lecciones, que mostraban en él un vigoroso y humanitario penalista. Secretario de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, siguió su misma conducta de benevolencia y de justicia, siendo su presencia en las mesas examinadoras una eficaz garantía para los examinandos.

Como verdadero patriota, comprendió que su talento debía deponer las más selectas flores en el altar de la patria, y escribió su notable trabajo «Las Instrucciones del año XIII», que junto con el «Artigas» de C. M. Ramírez y el «Alegato Histórico» del doctor Acevedo, constituyen la consagración definitiva del augusto fundador de nuestra nacionalidad.

Hace muy poco su nombre volvía a honrar las páginas de EVOLUCIÓN con un notable artículo sobre la reforma penal, que concluía así:

«A la realización de este vasto programa, tiende el esfuerzo del autor de estas líneas, en la triple esfera que las circunstancias le han deparado: la cátedra, la administración penitenciaria y el parlamento.»

El rudo golpe de la muerte, ha interrumpido la noble labor en sus comienzos, pero el proyecto que presentara a las Cámaras creando un Instituto de Criminología, colocará a nuestra República entre las más adelantadas en ciencia penitenciaria y perpetuará el nombre de nuestro llorado catedrático, como un benefactor de los desgraciados que la defensa social recluye en las cárceles.

Como la Federación de los Estudiantes ve en la muerte del doctor Miranda una pérdida a la vez americana y nacional, intelectual y moral, siente la desaparición de un elemento laborioso y culto, recordando su incansable celo y la benévola atención que dispensó a todas las iniciativas estudiantiles, se inclina respetuosamente ante su tumba, acompañada en su homenaje por la revista EVOLUCIÓN, que debe al caído sus días más gloriosos, y por todos los que fuimos sus discípulos y pudimos apreciar de cerca sus resaltantes cualidades.

### **Homenajes póstumos**

Los amigos del doctor Héctor Miranda, han resuelto perpetuar la memoria del malogrado compatriota, en una forma digna de sus merecimientos y virtudes. Al efecto, se ha constituido un Comité, entre cuyos miembros se han distribuido listas de suscripción, que se harán circular profusamente.

Está constituido el Comité por los señores, doctores: Carlos María Sorín, Adolfo Berro García, Julio A. Berta, Eduardo Artecona; señores Félix Boix, Tácito Herrera, N. Montaldo; bachiller Ricardo Martínez Quiles; señores Rafael Mieres, Alberto Areco, Héctor A. Gerona, bachiller Antonio M.<sup>a</sup> Grompone; ingenieros Roberto Sumberg, F. Iglesias Hijes, José Harambure; doctores Juan A. Buero, Enrique Cornú; bachilleres Edmundo Castillo, Lorenzo Vicens Thievent; doctores Rodolfo Mezzera, Atilio Narancio, señor Enrique Areco; arquitecto Humberto Pittamiglio; señor Juan Daquó; arquitecto Diego Novoa Courras y doctor Enrique Rodríguez Castro.

La Dirección de la Oficina Internacional Americana, dedicará el próximo número de los « Anales » a la memoria del extinto doctor Miranda, publicando todo lo escrito a propósito de su fallecimiento.

## Concepto filosófico del delito

Notas sacadas en la clase del doctor Miranda en 1914 y ampliadas con las obras de Rossi, Franck y Hamón. La prematura muerte del inteligente catedrático, ha hecho imposible su revisión.

Ferri es contrario a toda definición del delito; pero no sólo los clásicos, sino también Garófalo y Hamón han sostenido la conveniencia de establecerla. Hamón dice que siempre conviene, al discutir un punto, estar de acuerdo sobre el significado de la palabra fundamental; ese acuerdo es como el que han llegado los químicos para llamar sales a ciertos cuerpos.

**Rossi.**—<sup>(1)</sup> Este sabio autor, ecléctico y librearbitrista, con sus ideas sobre el mal absoluto y relativo, sostiene que hay dos clases de delito: el « moral » y el « social o legal ».

Toda violación del deber es un delito moral. El hombre tiene tres

(1) Tratado de Derecho Penal, páginas 158 y siguientes. Traducción española de Cayetano Cortés. 3.<sup>a</sup> Edición.

categorías de deberes: para con Dios, para consigo mismo y para con la sociedad. Con las dos primeras categorías, nada tiene que ver la justicia humana; sólo la última puede entrar en la definición del delito.

Delito es toda violación de un deber hacia la sociedad *que sea exigible de suyo*; porque hay deberes sin derechos correlativos y cuyo cumplimiento no puede exigir la sociedad. Es una segunda limitación. El concepto de delito así sentado, es semejante al concepto de derecho, pues lo que es exigible en un individuo, constituye un derecho en otro. Por eso los que sostienen que delito es «toda violación de derecho», no están lejos de Rossi, pero éste prefiere decir *deber exigible*, porque deber expresa una idea objetiva, y derecho una idea subjetiva. Cuando hablamos de delito, debemos referirnos al individuo que lo comete.

Quedan otras limitaciones. Viólase a veces el orden moral sin violar el social. La misma lesión de un derecho, no constituye delito si no perturba el orden social; para la existencia de delito es menester que el derecho violado *sea útil al mantenimiento del orden social o político*.

Puede resultar, además, que para castigo del acto, sea suficiente la sanción física, la sanción religiosa, la opinión pública, las medidas gubernamentales, etc. Sólo cuando es absolutamente necesaria la sanción penal, nos hallamos en presencia de un delito penal.

El último elemento restrictivo es la fabilidad de la justicia humana. Hay actos que ésta no conoce o cuyo conocimiento solamente lo obtendría a expensas del mismo orden social.

Luego para Rossi, *delito es la violación de un deber exigible hacia la sociedad o los individuos, útil a la conservación del orden político, cuyo cumplimiento sólo puede ser afianzado por la sanción penal y cuya infracción puede ser estimada por la justicia humana*.

**Franck.**—<sup>(1)</sup> Su concepto es gemelo del de Rossi. Delito es para él la violación del derecho; su idea es utilitaria. La represión debe dirigirse contra las violaciones del orden.

Delito es la violación de la libertad y de la seguridad de los individuos. Los actos contra Dios o contra consigo mismo, no caen bajo la sanción penal. Dentro de los derechos y deberes para con los individuos, hay algunos perfectamente delimitados y de fácil apreciación, en tanto que otros son borrosos y la sociedad no debe tomar medidas para protegerlos. Es la misma idea de los deberes exigibles y no exigibles en Rossi. Es un derecho para los ancianos el que se les guarde consideraciones; sin embargo, su desconocimiento no cae bajo la sanción penal.

Franck limita de nuevo mediante una reminiscencia de Bentham; si hay una acción delictuosa cuya represión causa más perjuicio que

(1) Filosofía del Derecho Penal, pág. 159 y siguiente. Traducción española de Manuel Gil Mestre. Biblioteca Salmantina.

su impunidad, no debe ser reprimida. Así, dice Franck, aunque se trate de derechos delimitados, si el asegurarlos perturba más la sociedad que su violación, la justicia penal no debe intervenir. Trae como ejemplos los deberes de los esposos.

Para Franck, delito es entonces *toda violación de un derecho delimitado y cuyo castigo no cause un perjuicio mayor.*

---

**Hamón.**—Sigue un orden de razonamiento idéntico al de Rossi, de quien fundamentalmente difiere.

¿Qué puede ser un delito? un acto, lo que se hace o tiende a hacer; las abstenciones no son más que actos negativos. ¿Un acto de qué naturaleza? lesiva; ¿a quién? a todo organismo dotado de vida propia. Hamón dice que sólo se refiere a los animales superiores.

Como la libertad es el elemento más importante en la vida del individuo en su carácter común, todo acto que lesione la libertad debe ser conceptuado delito. El robo, la calumnia, etc., según Amón, lesionan la libertad, y por lo tanto, caben en su concepto del delito.

Ante las objeciones que se le hicieron, Hamón limitó su concepto. El hombre que mata un animal comete un delito. Dijo entonces que el delito debe ser entre individuos de la misma especie.

Añadió, después, que la lesión debe ser voluntaria, es decir, que el individuo se dé cuenta de que efectúa el acto; que haya entre el individuo y el acto cierta relación psicológica.

La legítima defensa, la penalidad, lesionan la libertad de obrar; ¿son por eso delitos? Hamón no contestó.

El crimen, es para Hamón, «la resultante de todas las condiciones mesológicas que obran sobre el individuo agente.»

---

**Bentham.**—Señala la existencia de dos criterios: el legal o de los juristas y el filosófico. Jurídicamente, es delito todo acto que la ley castiga por el mal que produce o tiende a producir. Tan amplia es la definición, que comprende tanto el delito penal como el civil.

En Franck hemos visto su limitación en cuanto la pena causa mayor mal que la impunidad. Pena es, para Bentham, todo mal.

---

**Garófalo.**—Quiere investigar si existe el delito natural y qué concepto han merecido de los pueblos ciertos actos a través de los tiempos. Abandona la prehistoria y los pueblos salvajes, estudiando únicamente las sociedades en un período avanzado de su evolución. Descarta, además, ciertos actos que, hoy conceptuados delitos, ayer no lo fueron, y viceversa.



Su investigación no se dirige a los actos, sino a los sentimientos cuya violación constituye un delito para las sociedades avanzadas del período histórico. Reconoce la existencia de un *sentido moral*, ya atribuyamos con Darwin su origen a la simpatía, o prefiramos el concepto spenceriano de las normas que siendo útiles a la conservación de la especie, se hacen innatas y se transmiten por herencia. Debemos hallar ese sentido moral, innato en el hombre, para establecer el concepto del delito natural.

El sentido moral es más o menos intenso, más o menos desarrollado y tiene verdaderas capas o grados de exquisitez. Dentro de una misma sociedad hay una estratificación de sentidos morales. En efecto, no todos tienen el mismo grado de delicadeza, de honor, de probidad, etc. Las clases elevadas han podido perfeccionar esos sentimientos.

Garófalo descarta varias categorías de sentimientos, que a su juicio no pueden integrar ese sentido moral. Así el honor variable no sólo en cantidad, sino en naturaleza, según las clases sociales. El patriotismo, pues, su violación no es un delito; existen personas honestísimas sin el concepto general del patriotismo; hoy están en boga el cosmopolitismo, la hermandad universal, etc. El pudor es otro sentimiento esencialmente variable, aun en las sociedades adelantadas y según las circunstancias dentro una misma sociedad. El instinto a cubrirse, no ha existido siempre, p. ej.: las luchas en Grecia. En el trato social, hay actos como pasar el brazo por el talle al bailar, que en otras ocasiones son graves faltas. El sentimiento religioso, pues, hay seres honestos sin religión alguna.

En cambio, Garófalo acepta como fundamentales del sentido moral, los sentimientos de *benevolencia* y de *justicia*, sin dejar de reconocer en ellos diversas gradaciones.

Lo más delicado de la benevolencia, su más alto grado de exquisitez, es la *filantropía benevolencia activa*, consistente en la busca del mal con el fin de consolar al que sufre. Después siguen las personas que sin una delicadeza tan elevada, ayudan con placer al que sufre. Por último, están los seres que se limitan a sentir repugnancia en causar mal. Es la parte fundamental del sentimiento, su faz negativa, *la piedad*. Nos hallamos además con dos modalidades, la parte física y la parte moral, pues hay seres incapaces de asesinar que son muy capaces de difamar y viceversa. Garófalo, que califica de «utopía» al homicidio moral, sólo hace entrar en el concepto del delito natural la ausencia de repugnancia en causar un mal físico a un semejante.

La violación del sentimiento de justicia, también en su parte fundamental, constituye un delito natural. Existen personas que llevan la justicia hasta la delicadeza, siendo incapaces de cometer un acto con sombra de injusticia. Otras, sin llegar a ese grado de exquisitez, sin practicar la faz activa de la justicia, son incapaces de quitar a nadie lo suyo. Es la *probidad*, parte fundamental del sentimiento de la justicia.

Con arreglo a estos elementos, tenemos que: delito natural es todo acto que viola los sentimientos de piedad y probidad.

Garófalo se hace cargo de algunas objeciones a su concepto. En las sociedades primitivas, el matar a los ancianos se consideraba un acto piadoso; en Grecia creían, de acuerdo con la piedad, el infanticidio de los nacidos defectuosos. Ambos casos, dice Garófalo, se deben a que esos pueblos tenían un concepto de la piedad diferente del que tenemos nosotros, pudiendo equipararse esos casos antiguos al caso moderno del cirujano, que hace sufrir con el fin de curar. En cuanto a la objeción del festín que con cabezas de sarracenos celebró Ricardo Corazón de León, debe observarse que el lírico monarca inglés,—reminiſcencia de Yarde—no consideraba semejantes suyos a los sarracenos como acontece en todas las persecuciones.

---

**Tarde**, analizando el concepto de delito natural sentado por Garófalo, lo acepta fundamentalmente, pero hace algunas salvedades. Habla de analogías anatómicas o funcionales, por ejemplo, entre las alas de los insectos y las alas de los pájaros. Esas analogías le sirven para explicar ciertas analogías sociales, no imitativas sino funcionales, y procedentes de las necesidades de la misma vida social.

Las lenguas, por ejemplo, sin tener, para Tarde, un origen común, tienen ciertas analogías entre sí, como la existencia de nombres y verbos, diferencia entre la conjugación y la declinación, etc. Es lo que constituye la lengua natural. En muchas religiones existe una mitología lunar. Las instituciones políticas también presentan varias analogías, etc.

Por último, dice Tarde, podemos hablar de una penalidad natural, *el tali6n*. Las vestales que faltaban a sus votos, eran enterradas vivas en Roma, Méjico y Perú. El tali6n aún existe en las sociedades actuales; la pena de muerte sólo se aplica a los homicidas. Todo es relativo al concepto que de los sentimientos fundamentales tenga la sociedad.

Tarde ve la faz natural del derecho, no al principio, sino al fin de la evolución, como el ideal hacia el cual vamos, y quiere hallar en esa última etapa el concepto del delito natural, saludando, de paso, en Garófalo, una tendencia al idealismo positivista.

---

**Durheim**.—Su idea, como la de Garófalo, reposa en la violación de los sentimientos, pero no precisa cuáles sentimientos son.

Un acto—dice Durheim—es delito porque lo reprobamos, porque provoca la reacción característica que se llama pena.

Se ha reprochado a Durheim la impresión de su fórmula: «delito es el acto que ataca los estados fuertes y definidos de la conciencia

colectiva». El estado de la conciencia, no siempre es igual, aunque se trate de una misma sociedad. Durheim, pretende aclarar su concepto diciendo que tal estado es el «conjunto de creencias y sentimientos comunes a la mitad de la sociedad» y que «todo acto contra la sociedad va forzosamente contra los individuos.

**Ferri**, como dijimos al principio, no es partidario de una definición del delito, quizá porque considere que el concepto de éste ha variado a través de las épocas.

El concepto de Garófalo lo califica de fundamentalmente bueno, pero incompleto. El sentimiento religioso, el del honor, etc., deben integrar la definición.

A su juicio, el eje de la cuestión debe buscarse en las condiciones de existencia de la sociedad, en un momento dado y en los *motivos de la acción*, los cuales pueden ser altruistas o egoístas; estos últimos son antihumanos, antisociales.

De acuerdo con tales ideas, Ferri acepta la definición de Colajanni, más o menos concebida en los siguientes términos: «delito es todo acto determinado por motivos individuales y antisociales que ataca las condiciones de existencia y moral media de una sociedad en un momento dado». Habla después de la criminalidad atávica, preferentemente antihumana, y la criminalidad evolutiva, más de acuerdo con el diapasón de la sociedad y variando a merced de la costumbre y del medio.

El concepto de ciertos delitos varía de una sociedad a otra, de una época a otra, en tanto que el de otros varía poco p. ej: el de los delitos contra las personas, contra la propiedad, etc. Esto fortifica las ideas de Garófalo.

Ferri señala también ciertas salvedades del concepto. Hay actos que son delitos, pero por ciertas circunstancias no es necesaria la sanción penal, bastando las sanciones religiosa, moral, etc. Es idea de Rossi, pues Ferri, aunque ataca injustamente a los eclécticos, tiene que inclinarse a ellos muchas veces.

Antes de pasar al estudio de las otras bolillas del programa, el doctor Héctor Miranda creyó conveniente dar a conocer los dos conceptos del delito que exponemos a continuación:

**Ingenieros.**—Sigue a los positivistas, aunque anhela fundar una escuela argentina. En total, no hace más que despojar al positivismo de alguna de sus exageraciones.

Partiendo de la lucha por la existencia atemperada por el principio de la solidaridad humana, dice que delito es el quebrantamiento de los límites puestos por la sociedad a esa lucha. Habla de brosofilaxia social, concepto defensivo de prevención y solaridad.

Delito es generalmente un ataque al derecho a la vida, ya sea

directo o indirecto, p ej: quitando las condiciones de trabajo. Según la ética de la sociedad, según el tiempo y la evolución histórica, tal concepto varía.

---

**Irureta Goyena.**—Su concepto, aceptado por el doctor Miranda, <sup>(1)</sup> trata de obviar inconvenientes prácticos. Acepta fundamentalmente la definición de Franck. Observa que los códigos castigan no sólo el ataque efectuado, sino que también penan la tentativa, siempre que se trate de un acto inequívoco. Toma de Carrara, indirectamente de Bentham, la alarma social, pues existen delitos que con todos los otros caracteres, no producen tal alarma, bastando para su represión las sanciones civiles.

En el concepto del distinguido catedrático uruguayo, «delito es un ataque a derecho, real o inminente, por un acto no equívoco y que produce alarma social.»

E. T.

---

## Walter Scott

---

### Datos biográficos y algunas consideraciones acerca de sus obras

---

Durante el período de vacaciones, y siendo como era un viajero infatigable, recorría montes y valles, llegando en alguna de sus excursiones hasta el condado del Norte de Inglaterra. Dotado de un sutil espíritu de curiosidad y de observación, procuraba ganar la confianza de los aldeanos, entre los cuales tropezó con personajes que ya no se veían por ninguna parte y que eran imagen fiel de épocas lejanas. Su gran memoria retenía con gran facilidad los detalles y paisajes locales; los caracteres eran para él objeto de un estudio especial y a los cuales dió en sus obras un relieve y una fidelidad maravillosa, y tanto las tradiciones, como las baladas y las costumbres, proporcionáronle los materiales ricos y abundantes que después diseminó por todas sus obras.

Sus entusiasmos poéticos no decaían. Colaboraba asiduamente en los periódicos más importantes de su tiempo, publicando artículos y poesías.

(1) «El clima y el Delito». Núm. 10 y 11 año 1.º de esta revista.

Desengañado que éstas, al lado de las de Byron, carecían de elevación, aunque sí llegaban al alma del lector por su ingenuidad, abandonó por completo los versos. La lectura de las obras del autor del *Manfredo* le decidió a abandonar para siempre la poesía, exclamando aquellas memorables palabras: «Byron es el rey de la poesía, y yo no puedo ser ni vasallo suyo en su reino.»

Dedicado por completo a la prosa, ésta fué para él un manantial inagotable de fortuna y de gloria. El inmenso producto de sus novelas debía haberle asegurado una existencia tranquila, pero Wálter Scott conservaba en la vida real algo de su ardiente imaginación de novelista.

Su sueño dorado era poseer una gran propiedad, y al fin vió logrados sus deseos al adquirir el castillo de Abbotsford, que hizo célebre por la magnificencia con que vivió en él. Este magnífico edificio está situado cómo a unos 45 kilómetros de la ciudad de la capital de Escocia, a orillas del Tweed y en las inmediaciones de las antiguas abadías de Melrose y de Jedburgh (1). La suntuosidad con que lo alhajó es proverbial: su grandioso vestíbulo es una reproducción exactísima del palacio-castillo de Lilintgow, donde nació la desgraciada María Estuardo; en uno de sus grandes salones se ven artísticas molduras de madera de encina esculpida, representando los escudos nobiliarios de las familias aristocráticas escocesas; en el gabinete de trabajo del genial novelista, figuran los retratos de Claverhouse (2) y de Rob-Roy; el comedor lo adornó también con una colección de retratos históricos, entre los que figuran los de Crómwell, Carlos II (3), Carlos XII de Suecia y la hermosa María Estuardo: la biblioteca, compuesta de millares de volúmenes y preciosos manuscritos, y, por último, en la Armería, llaman la atención la espada que el rey Carlos I regaló al gran Montrose, la escopeta de Rob-Roy y las pistolas que Napoleón llevaba el día del desastre de Waterloo.

Casi eran insuficientes las inmensas sumas que le producían sus obras para cubrir sus gastos, pues su casa, al igual que los regios palacios, estaba constantemente llena de los personajes más notables, y sostenía una numerosísima servidumbre.

\* \* \*

En tres periodos puede dividirse la vida literaria de Wálter Scott.

1.º Como poeta y traductor hasta la publicación de su primera novela, *Waverley*.

2.º Desde la aparición de ésta hasta la quiebra del editor Constable, que publicó todas sus obras.

(1) Véase *El Monasterio y el Abad*.

(2) Véase *Los Puritanos de Escocia*.

(3) Véase *Woodstock*.

Y 3.º La reimpresión de las novelas ya publicadas, ilustradas con notas, prefacios e introducciones, últimos esfuerzos realizados por el gran novelista para pagar sus deudas y rehacer su fortuna, hasta su muerte.

Desde la publicación de su poema *La dama del lago*, animóse a pintar las costumbres de los montañeses escoceses; al efecto realizó muchas excursiones, en las cuales tuvo ocasión de tratar a algunos combatientes que tomaron parte en las revueltas de 1745 <sup>(1)</sup>, que fácilmente y como veteranos, eran pródigos en la relación de sus hazañas.

Inspirado por aquellas relaciones, concibió el propósito de escribir una novela bien documentada, y al efecto bosquejó *Waverley*. Cuando hubo terminado la obra, la dió a conocer a un amigo, quien, más partidario de la poesía que de la prosa, aconsejó con insistencia a Wálter que quemara el manuscrito, pues su genio artístico no le llevaba por el camino de la novela. Bajo la impresión de estos amistosos consejos, guardó el manuscrito, más por curiosidad que con fines ulteriores, y continuó su colaboración en los periódicos de Edimburgo, sin preocuparse de escribir ni más novelas ni más poemas.

Este primer ensayo había sido olvidado por completo.

Doce años iban transcurridos, cuando un día, ¡día feliz! revolviendo entre sus papeles, encontró el olvidado manuscrito. En aquel lapso de tiempo su gusto literario había sufrido una transformación grande debida a su trabajo periodístico; leyó de nuevo su abandonada novela, y creyó encontrar en ella algo que el público podía saborear con deleite. Pero desconfiando de su propio mérito—defecto achacable al verdadero talento,—después de corregirla y limarla concienzudamente, la entregó a la imprenta, pero ocultando su nombre, sólo con el título de *Waverley*.

El éxito fué inmenso. Los elogios de la crítica unánimes, y todos a una voz pedían el nombre del genio que tan repentinamente aparecía en el cielo de la literatura inglesa.

Alentado por el éxito y siempre guardando el más riguroso incógnito, publicó al año siguiente *Guy Mannering*, y a continuación *El Anticuario*, obra esta última que dió lugar a grandes controversias por el parecido con que pintó algunos personajes que eran conocidos del público.

Grandes eran los deseos que críticos y lectores mostraban por conocer al autor de tan notables novelas; pero Wálter Scott no se mostró dispuesto a complacerlos. Sin embargo, temiendo, y no acaso sin razón, que algún literato o editor se apropiase la paternidad de las obras debidas a su pluma, reunió a una veintena de amigos, a los cuales participó el secreto que tan cuidadosamente guardaba; juramentáronse por medio de documento público y, ¡cosa notable! once años

(1) Véase *Waverley*.

fué guardado religiosamente, sin que ninguno de los firmantes del acta lo diera a la publicidad, hasta que el autor mismo lo dió a conocer al público.

A la publicación de las primeras tres novelas, siguió la colección conocida con el título de *Cuentos de mi huésped*, cuya primera serie comprende *El Enano Negro y los Puritanos de Escocia*, novelas que casi superaron a las primeramente publicadas.

Increíble parecía que el autor de *Waverley*, nombre con que era conocido en toda Europa, pudiese realizar trabajo más perfecto que el realizado hasta entonces, y a la aparición de *Rob-Roy*, demostró que su genio iba en aumento, puesto que ésta es una de las producciones más geniales que brotaron de su pluma.

Dió en seguida a la publicidad la segunda serie de los *Cuentos de mi huésped*, en la cual sólo figura *La prisión de Edimburgo*, obra sentimental y patética en alto grado. A ésta siguió la tercera serie con *La novia de Lammermoor* y *El oficial afortunado*.

Como complemento de esta soberbia colección de obra clásicas, publicó *Ivanhoe*, que ocupa un lugar preeminente entre la epopeya y la historia. El pseudónimo *El autor de Waverley* alcanzó reputación europea;—y ésta, podemos decir que no ha decaído un punto—puesto que hoy se leen sus obras con el mismo o mayor entusiasmo que entonces. Las traducciones que se han hecho a todas las lenguas son numerosísimas. Los asuntos por él tratados y sus personajes, han sido embellecidos por la pintura, la música y la escultura.

Puede juzgarse del éxito que obtenían sus obras cuando éstas le producían una renta anual de 10.000 libras esterlinas. Su castillo veíase honrado por soberanos, literatos y los hombres más eminentes de su tiempo; de este modo agotó sus fabulosas ganancias.

\* \* \*

La serie de sus novelas comenzó, como decimos, con *Waverley*. Ésta es una narración del levantamiento de los partidarios del rey Jacobo, en 1745, en la cual la historia y la ficción se confunden tan estrechamente y tan sin violencia, que el genio del autor se revela como único para pintar los caracteres, las costumbres y para construir el argumento en que se desenvuelve la fábula.

*Guy Mannering*, después, y a poco, *El Anticuario*, obra que puede ser calificada como la maestra del autor. Es una novela doméstica, incomparable por el acierto con que están bosquejadas las costumbres de las clases del pueblo bajo de Escocia, y la magnífica y real pintura del carácter del anticuario Oldbuck.

*El Enano Negro* es una narración famosa, en la que no se sabe qué admirar más, si la fuerza dramática que encierra o la pintura de los caracteres.

*Rob-Roy* fué calificado por la crítica como inverosímil e incohe-

rente; pero tal es la animación con que pintó las costumbres primitivas y feroces de las poblaciones célticas, que estos defectos, suponiendo que así sean, quedan desvanecidos ante las bellezas que contiene.

*La Prisión de Edimburgo*, es la historia de una honrada aldeana que, sin más amparo que su inocencia y sus nobles impulsos, emprende el viaje desde Escocia a Londres, a pie, para solicitar el perdón de su hermana, la cual está sentenciada a muerte por infanticidio; ésta, sin duda alguna, es la más conmovedora y acaso la más perfecta de las narraciones del genial novelista.

*La novia de Lammermoor*, es una tragedia severa, con cuyo argumento se escribió el libreto de la ópera *Lucía*; es de una fuerza patética irresistible.

*Ivanhoe*, maravilloso y espléndido cuadro de Inglaterra al final del siglo XII, que presenta, en admirable contraste, a las dos familias rivales, la normanda y la sajona, siempre enemigas y siempre en guerra en el mismo suelo. Ricardo, *Corazón de León*, está pintado de mano maestra: Rebeca es el carácter de mujer más bello y más sentimental que quizás haya diseñado mejor el gran novelista.

Con esta novela finaliza el período ascendente del privilegiado talento de Wálter Scott. En las obras que dió posteriormente a luz, ya se observan ciertas desigualdades, más bien hijas del cansancio que del agotamiento de su numen.

Prosiguió su labor literaria con obras como *El Abad*, que fué calificada por la crítica como más verdadera que la historia; a continuación, y como segunda parte de ésta, *El Monasterio*, *Kenilwoorth*, *El Pirata*, *Las aventuras de Nigel*, *Quintín Durwal*, *Peveril del Pico*, *Aguas de San Ronan*, *La linda Moza de Perth*, *Ricardo en Palestina*, *El castillo peligroso*, *Woodstok* y otras muchas que sería prolijo enumerar.

Siguiendo las corrientes de su tiempo, época en que la fiebre comercial dominaba y se imponía con fuerza avasalladora, se asoció secretamente con su impresor-editor James-Ballantyne, y más tarde también con Constable. La crisis comercial que sufrió Inglaterra en 1825, trajo como consecuencia la quiebra de la razón social Ballantyne y Compañía, en Enero de 1826, y Wálter Scott se encontró con un pasivo de 147.000 libras esterlinas.

Inmensa era la deuda, pero más grande era el alma del genial novelista.

Sintió, como es consiguiente, su desgracia, pero el abatimiento no le embargó. En vez de implorar una suscripción nacional, como le aconsejaron sus amigos, sólo pidió a sus acreedores plazos prudenciales para solventar sus deudas a fuerza de trabajo. Su amigo, el conde de Dudley, le decía: «Pide a todos tus lectores, y aunque sólo te den la insignificante cantidad de 6 peniques, llegarás a poseer más fortuna que Rostchild.» Pero desechó la proposición.

Con ánimo resuelto comenzó a trabajar para pagar a sus acreedores, y otras desgracias más sensibles que la pérdida de su fortuna,



vinieron a herir su alma. La muerte de su esposa, ocurrida en 1826 y y la de uno de sus nietos.

A los cuatro años de labor febril, incesante, aniquiladora, había pagado a sus acreedores cerca de 70.000 libras esterlinas, y hecho balance, vió con satisfacción, que la propiedad literaria de sus obras representaba bastante más cantidad que el resto de su deuda.

En esta época escribió *Historia del tiempo de las Cruzadas*, *Los novios* o *el Condestable de Chester*, *Crónicas de la Canongate*, e *Historia de Escocia*. Comenzó también los trabajos preparatorios de la *Historia de Napoleón*, para lo cual se trasladó a París. A su regreso a Londres fué obsequiado con la solemnidad literaria más grandiosa que jamás se había celebrado en honor de un hombre. Su historia fué un fracaso en Inglaterra, y en Francia refutada con las más acerbas censuras.

Encerrado de nuevo en su castillo, continuó la publicación de sus novelas, *Carlos el Temerario*, *Roberto de París* y otras varias.

El año 1830 fué triste para Wálter Scott. El ímprobo trabajo que venía realizando hirió su constitución vigorosísima hasta entonces. Dos ataques de apoplejía y la parálisis que le invadió, derrumbaron aquel cuerpo vigoroso y enervaron su imaginación gigantesca.

Aconsejado por los médicos emprendió un viaje por el Mediodía de Europa. El estado inglés puso a disposición del insigne literato una fragata. Insensible a cuanto le rodeaba, llegó a Malta, Nápoles, Roma. Estando en Nimeya sufrió un nuevo ataque apoplético, lo que le obligó a regresar apresuradamente; en el mes de Julio se encontraba ya en su castillo, y el día 11 de Septiembre falleció en el mismo rodeado de sus hijos y después de haber pagado 1.350.000 francos a sus acreedores.

Wálter Scott ha producido obras que siempre serán un timbre de gloria para su nombre y que producirán el encanto y el deleite en el alma de sus lectores. Fué, no nos cansaremos de repetirlo, más verídico en algunas, que la misma Historia, y ¿qué importa que en otras, al resucitar las costumbres, se deje influir por algo de convencionalismo, si es siempre un alma de poeta, y una sensibilidad exquisita quien las evoca?

CLAUDIO SANTOS GONZALEZ.

París, Junio 1907.

---

## El genio, según Seailles (1)

Del libro *Historia de las Ideas Estéticas en España* (Tomo IV volumen II) de don Marcelino Menéndez y Pelayo.

El ensayo sobre el genio en el arte, tesis doctoral de Gabriel Seailles y una de las más ruidosas tesis que durante estos últimos años se han defendido en la Facultad de Letras de París, es una elocuente profesión de evolucionismo estético.

La tesis que a los mismos que fueron sus jueces y sus corteseros adversarios ha arrancado tantos elogios: trata de averiguar el gran misterio del genio cuál es su esencia, cuál el conjunto de causas que lo producen, cuáles las condiciones de su aparición y cuáles los signos característicos que pueden servir para reconocerle. Para responder a estas cuestiones, Seailles, partidario acérrimo de la filosofía monista, sostiene que la concepción artística y la concepción vital están sujetas a las mismas leyes; que el movimiento del espíritu no hace más que continuar el movimiento de la vida; que las sensaciones y las ideas vienen de un modo inconsciente a agruparse y a formar una síntesis del mundo sensible, la cual a su vez sirve de base para que el espíritu *se dé a sí propio el ser*, creando la armonía en torno suyo.

El genio es la naturaleza misma que prosigue su obra en el género humano. Si la naturaleza es genio, si el genio es la belleza misma, nada hay que en último análisis no tenga su razón de ser en la belleza. Toda creación es poesía. Las leyes generales del movimiento, la elipse que describen los astros, los tipos moleculares, las formas regulares que toma el cristal, las armonías que realiza la planta *edificándose a sí misma*, el concierto de las sensaciones y de los movimientos en el instinto, y por último esa envoltura concéntrica de organismos que hace posible la conciencia, y en el espíritu mismo la creación progresiva de un orden ideal cada vez más rico; tales son los efectos sucesivos del gran poema que espontáneamente crea el pensamiento universal... El espíritu es el profeta de la naturaleza: en el espíritu se ve a sí misma, se revela a sí propia lo que quiere y lo que piensa, y en el espíritu agita el pensamiento de mundos futuros.

(1) Otra breve exposición de la teoría de Seailles sobre el genio, ha sido hecha por el señor Roxlo en el prólogo de los « Los Poetas del Renacimiento ». N. de la R.

Viene a ser, pues, la estética de Seailles, una aplicación o nueva fase del evolucionismo metafísico, una síntesis temeraria y deslumbradora para enlazar con los fenómenos del organismo y de la vida el inexplicable fenómeno del genio, y para reducir a unidad nunca probada las leyes de la inteligencia y las leyes del mundo físico. El libro contiene notables consideraciones de psicología estética, especialmente sobre los momentos de la concepción artística y sobre la ley de la organización de las imágenes, y un análisis muy fino de los caracteres de la inspiración; pero la tesis principal, es decir, la identidad de la naturaleza y del espíritu resumida por el autor en esta fórmula: «la naturaleza es genio inconciente y el genio es la belleza viva», se queda sin probar, como no podía menos de suceder, convirtiéndose la supuesta demostración en una especie de himno metafísico.

---

## Apuntes de Zoografía

---

### La *Tœnia Echinococcus*

---

Dado el enorme desarrollo que ha tomado en nuestro territorio la enfermedad conocida con el nombre de *Quiste hidático*, creo conveniente, ya que por esa razón es una frecuente pregunta de examen, hacer la descripción del parásito que la produce, para que el estudiante no tenga necesidad, al estudiar la *Tœnia Echinococcus*, de recurrir a los textos de consulta de donde han sido sacados estos apuntes.

Es, pues, únicamente un trabajo de recopilación el que yo ofrezco a los estudiantes, en el deseo de que este trabajo pueda serles de alguna utilidad.

#### I

DESCRIPCIÓN DEL PARÁSITO.—La *Tœnia Echinococcus* es un gusano de forma plana, que pertenece a la clase de los Plathelminths, orden de los Cestodos, familia de los *Tœniadæ*. Este gusano, parásito del hombre en su estado larvario, habita en estado adulto en el intestino delgado del perro. Es el más pequeño de los cestodos, pues su cuerpo, completamente desarrollado, mide en total de 2 mm. 5, a 5 mm.

Para abordar el estudio de este parásito en estado adulto, se le puede dividir en tres partes: 1.º una cabeza o *scolex*; 2.º un cuello, y 3.º un cuerpo, formado por anillos.

La cabeza o *scolex* mide  $\frac{1}{3}$  de mm., de largo y está provista de

cuatro ventosas; tiene además un rostro dirigido hacia adelante y rodeado de 28 a 50 ganchos, dispuestos en dos hileras. Estos ganchos son muy variables, tanto en su forma como en sus dimensiones y en su número.

El cuello es muy corto y sin trazas de segmentación.

El cuerpo está formado por tres o cuatro anillos planos, el último de los cuales es el anillo genital.

Estos órganos son los únicos elementos anatómicos bien desarrollados, y ocupan casi la totalidad del anillo. Los órganos machos son los primeros en desarrollarse, ocupando los *folículos testiculares*, que existen en gran número, las regiones dorsal y superior del anillo genital. Los espermatozoides producidos por estos *folículos testiculares*, recorren un canal diferente que desemboca en un *seno genital* y que se abre al exterior por un *poro genital*, situado en la parte lateral del anillo.

Los órganos hembras están constituidos a su vez por *folículos ovarianos* y *folículos vitelógenos*, desarrollados en la parte inferior y ventral del anillo.

Los productos de estos *folículos ovarianos* y *vitelógenos*, son recogidos por dos tubos, que recoge uno los óvulos y el otro el vitellus.

Estos dos tubos se fusionan en su trayecto y van a desembocar a la *vagina*, que está situada en el mismo punto que el *poro genital*.

Es aquí en donde se encuentran los espermatozoides y el óvulo, es decir, en donde se hace la fecundación de éste. Una vez verificada, el óvulo se rodea primero de *granulaciones vitelinas* y después de una cubierta. Transformados ya en *huevos*, se acumulan en el *útero*, conducto terminado en forma de fondo de saco. Esta acumulación de *huevos* en el *útero*, distiende a éste, que ocupa entonces casi la totalidad del anillo genital. Se dice entonces que el *anillo está maduro*. Como el *útero* no tiene orificio de puesta, es necesario el rompimiento del anillo para que los *huevos* queden en libertad. Es así como sucede, siendo los *huevos* arrojados al exterior junto con las materias fecales.

El aparato digestivo no existe en estos animales.

Para llevar a cabo su nutrición, absorben por osmosis las sustancias asimilables, que se encuentran en gran cantidad en el intestino del animal parasitado.

El sistema excretor está formado por cuatro troncos longitudinales situados lateralmente y unidos en la cabeza por un círculo anastomótico.

## II

DESARROLLO Y ENQUISTAMIENTO DEL EMBRIÓN.—Hasta aquí sólo se ha tratado de la *Tænia Echimococcus* en estado adulto, tal como se le encuentra en el intestino delgado del perro. Veamos ahora cómo se desarrolla la larva, y el modo cómo puede llegar hasta el hombre.

Una vez arrojados los huevos con las materias fecales del perro.

éstos caen sobre la hierba, y debido a su gran vitalidad pueden resistir así largo tiempo, a la espera de que el hombre o algún animal herbívoro se sirva de esa hierba infectada para su alimento. Digerida ésta, la cubierta del huevo que ella contenía es disuelta por el jugo gástrico, y el embrión hexacanto es puesto en libertad. Este embrión, gracias a los ganchos que posee, atraviesa la pared intestinal y cae en el torrente circulatorio origen de la vena porta. Por este torrente sanguíneo es llevado al hígado, cuyos capilares detienen, la mayor parte de las veces, el embrión hexacanto, que se enquistan entonces en aquel órgano. Pero sucede también que el calibre de los capilares hepáticos sea mayor que el tamaño del embrión; entonces éste sigue el torrente circulatorio, pasa a la vena cava, de ésta a la aurícula derecha del corazón, luego al ventrículo derecho, y de éste, por medio de la arteria pulmonar, a los pulmones. Es en estos órganos, el segundo filtro que encuentran en su trayecto los embriones, que suelen también enquistarse éstos. Si consiguen pasar este segundo filtro, van por las venas pulmonares al corazón izquierdo, y de éste a la circulación general, enquistándose entonces en cualquier sitio del organismo, ya sea el cerebro, los músculos, las articulaciones, etc.

Sin embargo, el sitio más común de enquistamiento, es el hígado. La estadística hecha por diversos autores, arroja un 70 % más o menos, de casos de *quiste hidático* localizados en aquel órgano; un 11 % en los pulmones y el resto en los otros sitios del organismo.

### III

DESARROLLO Y ESTRUCTURA DEL QUISTE HIDÁTICO.—Cuando el embrión hexacanto se ha fijado en alguno de los órganos antedichos, para enquistarse, sufre una transformación hidrópica, agrandándose y ahuecándose en una cavidad central que se llena de un líquido claro llamado agua de roca, y que puede llegar a tener un volumen semejante al de la cabeza de un feto. Al mismo tiempo la vesícula conteniendo la larva, ha dejado exudar por su cara externa un líquido hialino que se solidifica, constituyendo cubiertas cuticulares. En este estado, el quiste o *acephalocysto*, está constituido por dos paredes: una externa, llamada *membrana cuticular*, y otra interna, llamada *membrana germinativa*. Es a expensas de esta membrana que se sigue produciendo el desarrollo del quiste.

Este estado de *acephalocysto* o *quiste estéril* no es más que transitorio, pues la cubierta germinativa da lugar a la formación de *vesículas prolíferas*, que son sumamente numerosas. Se dice entonces que el quiste es *fértil*. Estas *vesículas prolíferas* dan nacimiento a los *scolex*, que ya sea por ruptura de la pared que los contiene o porque atraviesan a éste, van a encontrarse libres en el líquido del hidático.

Es este un medio de multiplicación de los quistes, existiendo otro,

el de las *vesículas hijas*, que tienen la misma estructura que la *vesícula madre* y que se desarrolla a expensas de fragmentos de la *membrana germinativa*.

J. IGLESIAS CASTELLANOS.

---

## ¿La derrota del atomismo?

---

### I

(Estos apuntes han sido tomados de las obras más notables y modernas de física, química y físico-química)

A consecuencia de los recientes descubrimientos hechos en física, (radioactividad, investigaciones espectroscópicas, rayos catódicos) que condujeron a la exposición de teorías como las de Rutherford (teoría de la radioactividad), Le Bor (teoría de la energía intra-atómica), Helmholtz, (Thomson) y Stoney (teoría atomística de la electricidad), no faltaron espíritus que afirmaran que estos descubrimientos producían el derrumbamiento de la teoría atómica de Dalton. Pero si bien estos descubrimientos han venido a modificar en parte, entiéndase bien, a modificar, nuestra concepción del átomo, y han venido a demostrar que la transmutación de los metales, aquel sueño de los alquimistas, no es irrealizable (experiencias de Ramsay: las emanaciones del radio transforman las sales de cobre en sales de litio; las soluciones de torio, circonio, titanio o silicio, al contacto con la emanación del radio, desprenden anhídrido carbónico, lo que parece indicar una transmutación de esos metales en carbono, que es el primer cuerpo del grupo a que pertenecen), eso no quiere decir que las bases sobre las que reposa la química hayan sido derribadas.

Y como dice Nernst: Se podría pensar que la noción de átomo debe ser echada por tierra por la teoría de la radioactividad; en efecto: según esta teoría, el átomo no sería absolutamente indivisible. Pero hay que insistir en que la idea del átomo en los fenómenos físicos y químicos ordinarios persiste ahora como antes. Parece más bien que la hipótesis atómica es susceptible de ser ensanchada y profundizada por el estudio de los fenómenos de radioactividad.

Y Moureu viene a decir lo mismo: Prácticamente los átomos se conducen, en los fenómenos químicos, como si fueran realmente indivisibles (no considerando las acciones químicas provocadas por las radiaciones de los cuerpos radioactivos).

Ostwald, el gran maestro de Leipzig, que por los años de 1895

publicó un artículo sobre la derrota del atomismo contemporáneo, dice en su Química Inorgánica que gran número de consecuencias de la hipótesis atómica se encuentran de acuerdo con los hechos, debido a lo cual reina en química de una manera casi exclusiva.

Pero, recientemente (como puede verse en Mecklenburg.—Fundamentos experimentales de la atomística) el mismo Ostwald manifiesta que la hipótesis atómica tiene ahora base experimental suficiente.

He aquí un resumen de la teoría de la radioactividad y de la de los electrones para que se pueda saber en qué sentido hay que modificar la noción de átomo.

## II

### Teoría de la radioactividad (Rutherford)

Rutherford ha resumido todos los fenómenos de radioactividad en una simple hipótesis, según la cual esos fenómenos serían producidos por la descomposición explosiva del átomo de un elemento químico.

Para comprender esta concepción, que parece al principio muy audaz, hay que recordar que la estructura en extremo compleja de los espectros de emisión de los elementos químicos, había hecho suponer desde hace mucho tiempo que los átomos de un elemento no son simples puntos materiales, sino conjuntos muy complicados. ¿Cuáles son las piedras del edificio atómico? Lo ignoramos, pero es de presumir que los átomos de helio y los electrones deben jugar un papel importante en la arquitectura de los átomos, por lo menos los átomos de peso un poco considerable.

Podríamos imaginar que las partículas de un átomo están animadas separadamente de movimientos muy vivos, y no sería más que una simple consecuencia de esta concepción cinética, el admitir que de vez en cuando un semejante «microcosmos» se rompe en fragmentos.

Si esto se produce frecuentemente, el elemento en cuestión será inestable o aun incapaz de existencia; si por el contrario, esa dislocación se verifica a intervalos muy lejanos, el elemento será prácticamente invariable, y este sería el caso de los elementos conocidos desde antes, exceptuando a lo más al uranio y al torio.

Si el átomo de un elemento no tiene ni una muy grande, ni una muy pequeña estabilidad, algunos átomos irán continuamente descomponiéndose, y así se conservará una radiación bajo forma de fragmentos de átomos lanzados con una gran fuerza viva; es en este estado en que se encuentran, según la hipótesis precedente, los elementos radioactivos (uranio, torio y sobre todo radio).

Es evidente que según esta concepción, la radioactividad debe ser un fenómeno completamente general; pero no es accesible a la observación sino cuando la descomposición de los átomos no es ni muy frecuente ni muy rara.

No es sorprendente que, relativamente, sean pocos los elementos que se encuentran en esas condiciones; se puede considerar como una feliz casualidad el que elementos fuertemente radioactivos hayan podido ser estudiados.

Se puede esperar que, gracias al perfeccionamiento extraordinario de que los métodos electrostáticos son susceptibles, se pueda medir una radioactividad en extremo débil. (Nernst).

### III

#### **Teoría atomística de la electricidad o teoría de los electrones**

Siempre se ha tenido por costumbre evitar todo dato preciso sobre la naturaleza de la electricidad. Su presencia o ausencia supuestas se indicaron primero con auxilio de los signos + o —; más tarde, se admitió como más verosímil la existencia de dos electricidades, a las cuales se dió el nombre de electricidad positiva y electricidad negativa, abandonándose la noción de aumento o disminución en cantidad.

(Franklin rechazó la idea de los dos flúidos imponderables, y supuso que no había más que uno, el cual presentaba las dos modalidades de la electricidad vítrea y resinosa, según que el cuerpo observado contuviera más o menos cantidad de la que en el estado natural podía contener.)

En 1881, Helmholtz, profesor de física en Berlín, en una conferencia que dió en la Sociedad de Química de Londres, demostraba que la electricidad obra como si estuviese formada por dos sustancias, igualmente imposibles de reproducir o de destruir, pero que podían neutralizarse y volverse indescubribles por unión mutua.

«Uno de los resultados más asombrosos de la ley de Faraday, decía, es que no podemos menos de deducir que la electricidad positiva o negativa está compuesta de elementos definidos que se comportan como átomos de electricidad »

Los trabajos del profesor J. J. Thomson, de Cambridge han permitido después, y en más alto grado que ningunos otros, reconocer que la sustancia de que hablaba Helmholtz, era lo que hasta entonces se había denominado electricidad negativa, mientras que la electricidad llamada positiva era debida a la ausencia de esta sustancia.

Parece, pues, que se ha admitido hasta nuestros días una teoría muy análoga a la del flogisto, pues así como éste no era otra cosa que ausencia de oxígeno, así electricidad positiva no significa ahora más que ausencia de electricidad. Así como la materia está formada de átomos, la electricidad se compone de partículas, a las cuales, como ha sugerido el doctor Johastone Stoney, se ha dado el nombre de electrones.

Un electrón puede, pues, definirse como una partícula o un corpúsculo de electricidad negativa.



En la disolución de una sal, tal como la sal gema o cloruro de sodio, los iones son átomos de sodio y de cloro electrizados, el sodio positiva y el cloro negativamente. Según los principios admitidos en la actualidad, el ión cloro es complejo y se compone de un átomo de cloro unido a un electrón.

Pero se puede obtener cloruro de sodio calentando el metal y sumergiéndole enseguida en un frasco que contenga cloro. La combinación de estos dos cuerpos, acompañada de un desprendimiento de calor, puede ser interpretada como el cambio de sitio de un electrón del sodio metálico para obtener una posición tal que determine la unión de los átomos de sodio y de cloro. (Modern chemistry-Ramsay).

El electrón no es la carga eléctrica llevada por el ión, considerada simultáneamente con ese ión; es la carga de ese ión susceptible de existir sola, o por lo menos de ser concebida por un instante, independientemente de toda cantidad material.

En el caso de un electrolito, se dice que la corriente pasa, cuando los iones caminan en el líquido hacia los electrodos, donde pierden los electrones que transportan. Sabemos que en el mismo tiempo se descarga el mismo número de iones sobre los dos electrodos. ¿Qué les pasa a los electrones así puestos en libertad? ¿Se lanzan simultáneamente, en razón de su afinidad, en el circuito exterior? La experiencia demuestra que no es así, que sólo el electrón del ión negativo, deja éste al anodo; el electrón del ión positivo es neutralizado en el catodo.

Los electrones negativos son los que recorren el circuito exterior bajo forma de corriente y vienen a neutralizar a los electrones positivos en el catodo.

Luego, mientras que el ión negativo (cargado negativamente) al precipitarse sobre el anodo cede a éste un electrón negativo, el ión positivo, al llegar al catodo, no cede electrón positivo a este último, sino que le toma, por el contrario, un electrón negativo.

La causa de la carga de los iones es, al principio, debido al trabajo de disociación que precede a la electrolisis, y después por los fenómenos químicos que mantienen a ésta. (Pozzi-Escot).

El que haya leído con atención las dos exposiciones, la de Ramsay y la de Pozzi-Escot, notará una evidente contradicción, pues mientras el primero admite una sola clase de electrones, el segundo admite dos: electrones positivos y negativos.

La solución de esta dificultad la hallamos en Guilleminot (Les nouveaux horizons de la science) que dice: Si hoy el electrón negativo es considerado como el substratum mismo del fluido eléctrico único, y si él solo basta para explicar la mayor parte de los fenómenos conocidos, la naturaleza de ciertas unidades positivas y la existencia de electrones positivos levanta aún bastantes controversias.

Nernst admite las dos clases de electrones; dice así:

Los iones son una especie de combinación química entre los ele-

mentos o radicales y las cargas eléctricas . . . la combinación entre la materia y la electricidad está sometida a las mismas leyes que las combinaciones entre materias diferentes: leyes de las proporciones definidas, de las proporciones múltiples . . . Si admitimos que el fluido eléctrico es continuo, las leyes de la electroquímica parecen inexplicables; si, al contrario, suponemos que la cantidad de electricidad se compone de partículas de magnitud invariable, las anteriores leyes son evidentemente una consecuencia. En la teoría química de la electricidad, además de los elementos conocidos, habría dos más: el electrón positivo y el electrón negativo.

La combinación de un electrón positivo y un electrón negativo, da un neutrón, molécula eléctrica neutra desprovista de masa. ¿El neutrón tiene una existencia real? Es esta una cuestión de mucha importancia; admitimos que los neutrones existen en todas partes como el éter luminoso, y podemos agregar que un espacio lleno de esas moléculas no tendría peso, no sería conductor de la electricidad, pero eléctricamente polarizable, es decir, que poseería propiedades semejantes a las que la física atribuye al éter luminoso.

Entre los trabajos que han contribuido a desarrollar la teoría de los electrones, están los de Rowland, que demostró que un conductor en movimiento, cargado de electricidad, produce el mismo efecto que una corriente eléctrica; esta última puede ser considerada como formada de pequeñas partículas eléctricas animadas de un movimiento rápido de propulsión; y los relativos a los rayos catódicos que describiremos en un próximo trabajo sobre la teoría electrónica en particular.

#### IV

### El átomo

Decíamos hace un momento, que en la teoría química de la electricidad, además de los elementos conocidos, habría otros dos: el electrón positivo y el electrón negativo.

En esta fase de evolución de las ideas, el electrón positivo y el electrón negativo eran simplemente dos sustancias que agregar a la lista de los cuerpos simples y capaces de combinarse con ellos. La idea antigua del átomo material persistía siempre. En el período actual de transformación de las ideas científicas se tiende a ir mucho más lejos. Después de preguntarse si era verdaderamente necesario admitir esa especie de soporte material del electrón, han llegado muchos físicos a una conclusión negativa.

Consideran al átomo como formado únicamente por un conjunto de partículas eléctricas, sin otros elementos, las cuales pueden disociarse en iones positivos y en iones negativos. (Le Bon).

Se había dado un paso enorme, aunque falta mucho aún para que lo acepten todos los físicos. En el lenguaje y las ideas de éstos

imperera todavía una gran incertidumbre. Para la mayoría, ese apoyo material subsiste como necesario, y las partículas eléctricas, es decir, los electrones, están mezclados o yustapuestos a los átomos materiales. Estos electrones, según ellos, circulan al través de los cuerpos conductores—los metales, por ejemplo—con una velocidad del orden de la de la luz, por medio de un mecanismo desconocido por completo.

Para los partidarios de la estructura exclusivamente eléctrica de la materia, el átomo se compone únicamente de torbellinos eléctricos.

Al rededor de un pequeño número de elementos positivos giran con extraordinaria velocidad los electrones negativos, cuyo número no es inferior a un millar, y frecuentemente muy superior a esta cifra. Su conjunto forma el átomo, el cual consistiría, considerado de este modo, una especie de sistema solar en miniatura. El átomo de materia, escribe Larmor, se compone de electrones y de nada más. En su forma habitual, el átomo sería eléctricamente neutro. Solamente se convertiría en positivo o negativo cuando se le despojase de electrones de nombre contrario, como se hace en la electrolisis. Todas las reacciones químicas se deberían a pérdidas o ganancias de electrones. (Le Bon). Un átomo que pierde un electrón, se vuelve un ión electropositivo monovalente; si pierde dos, se convierte en ión electropositivo bivalente, y así sucesivamente; es el caso de los metales. Un átomo que adquiere un electrón demás, se vuelve un ión electronegativo monovalente; será bivalente si adquiere dos; es el caso de los metaloides. Un átomo que no fuera apto para adquirir ni para perder ningún electrón, sería un átomo sin afinidad química; es el caso de los átomos de helio, criptón, argón. Sabemos que para la mayor parte de los cuerpos, la ionización no se produce sino en estado de solución.

El estado sólido no se presta para las combinaciones químicas. Sin embargo, ciertas reacciones de contacto, ciertos fenómenos de difusión sólida, y sobre todo la conductibilidad eléctrica de los metales, nos indican que aún en el estado sólido el átomo no es estable. (Guillemot).

Si en vez de moverse rápidamente en el átomo, los electrones se hallasen en reposo, se precipitarían unos sobre otros; pero la velocidad de que están animados permite que su fuerza centrífuga equilibre sus atracciones recíprocas. Cuando por una causa cualquiera, una pérdida de energía cinética debida a la radiación de electrones en el éter, por ejemplo, se reduce esta velocidad de rotación, dominan las fuerzas atractivas, y los electrones tienden a reunirse. Si, al contrario, impera la fuerza centrífuga, se escapan en el espacio, como puede reconocerse en los fenómenos radioactivos.

Según J. J. Thomson, el átomo podía representarse por una esfera electrizada positivamente, en la cual se encontrasen distribuidos los electrones negativos. La electricidad positiva atraería a los electrones negativos, mientras que su mutua repulsión los alejaría, distribuyéndose de manera que equilibrasen las atracciones y repulsiones. El

número de estos electrones variaría entre algunas centenas y algunos millares, según el átomo, pero siempre serían muy pequeños con relación a este último. Pero si el volumen de los electrones es tan pequeño, precisa entonces que su densidad sea enorme, puesto que, ocupando un volumen insignificante en el átomo, le dan, sin embargo, su peso. A la energía de su movimiento de rotación es a lo que serían debidas las propiedades de los diversos átomos. (Le Bon).

## V

### La teoría atómica

He aquí nuevos pareceres sobre esta teoría.

*Pozzi-Escot*—Verdadera o falsa, ha sido el más potente instrumento de trabajo, la guía más fecunda que el «Progreso» haya puesto al servicio de nuestra ciencia, y hace algunos años la hipótesis emitida tan modestamente (algunos lo trataron de loco!) por el químico sueco Sivante Arrhénius, sobre la disociación de las sales en solución, ha venido, no a destruir el pasado, sino a completar considerablemente la doctrina que, tan fructuosamente y con tal éxito, nos ha guiado hasta entonces.

L. Poincaré, al hablar del libro «Ensayo crítico sobre la hipótesis de los átomos», dice: Si Hennequin no hubiese desaparecido tan prematuramente, en plena floración de su vigoroso talento, hubiera podido añadir un nuevo capítulo a su hermoso libro; hubiera asistido a un avance prodigioso de las ideas atomísticas, acompañado, es verdad, de profundas modificaciones en la manera de considerar al átomo, puesto que las más recientes teorías hacen de los átomos materiales centros constituidos por átomos de electricidad.

Curioso es, en verdad, que grandes defensores de la teoría que nos ocupa, como Wurtz y Friedel, hayan manifestado, el primero en su obra «La théorie atomique», y el segundo en su contestación al artículo de Ostwald (La derrota del atomismo contemporáneo) que la existencia de los átomos no es demostrable. Sin embargo, he aquí la contestación a esa afirmación.

## VI

### De la existencia real de los átomos y de las moléculas y de su peso absoluto (Holleman)

La ley de Avogadro (Ostwald la llama postulado) dice que volúmenes iguales de todos los gases en iguales condiciones de temperatura y presión, contienen el mismo número de moléculas.

Ahora bien: si se aplica esta ley a una molécula gramo, cuyo volumen es de 22, lit. 41, se nota inmediatamente que debe contener igual número de moléculas para todos los gases.

El número de moléculas contenidas en una molécula gramo (peso molecular expresado en gramos) es una constante universal; se la designa por la letra N (constante de Avogadro).

La determinación de la constante N, es decir, del número absoluto de moléculas contenidas en una molécula gramo, ha sido efectuada en estos últimos años por métodos muy variados. Por más diversos que hayan sido han conducido poco más o menos al mismo resultado  $71 \times 10^{22}$ .

Ya en 1875, van der Waals, en su célebre exposición sobre la continuidad de los estados líquido y gaseoso, había llegado a una evaluación, comprendida entre los límites 40 y  $90 \times 10^{22}$ .

Para dar una idea de la variedad de los métodos aplicados, señalaremos los principales de los que se ha podido deducir el valor de N:

1.º De la ley de van der Waals;

2.º De los movimientos de Brown; bajo este nombre se comprenden los movimientos completamente irregulares de las partículas del tamaño de un micrón (milésimo de milímetro) y aún más pequeñas, mantenidas en suspensión en un líquido; se ha demostrado que esos movimientos son debidos a los choques de las moléculas;

3.º De la velocidad de difusión de las sustancias disueltas;

4.º De la refracción óptica de la atmósfera, causa del tinte azulado del cielo;

5.º De la carga eléctrica de los iones;

6.º De la duración de la existencia del radio;

7.º De la energía del espectro infra-rojo.

Al presente, en que métodos tan numerosos y completamente independientes han permitido llegar al mismo número absoluto  $71 \times 10^{22}$  de moléculas por molécula-gramo, no se puede dudar más de la existencia real de los átomos y de las moléculas.

Mientras que no se tenía para ese número más que estimaciones poco precisas y muy diferentes, la hipótesis de que la materia está constituida de átomos y de moléculas, podía ser considerada muy útil, pero la existencia misma de los átomos y moléculas era incierta. Por la prueba de esta existencia real, tenemos una base sólida para el conocimiento de la materia bajo sus diversas formas (Holleman).

Nernst dice lo mismo: Las dimensiones moleculares están establecidas con una notable certitud, lo que liberta la concepción atomística de su carácter primitivamente hipotético.

JUAN CARLOS AICARDI.

---

## Sobre el romanticismo

La literatura del siglo XIX se caracterizó por las diversas escuelas literarias que predominaron y que ejercieron su dominio tanto en la prosa como en la poesía. Podríamos dividir dicha centuria en varios períodos. El primero estaría comprendido entre los años 1800 a 1820, y al cual llamaremos *período de transición*, puesto que mientras agoniza la literatura clásica, Chateaubriand y Mad. de Stael inician el movimiento literario llamado romántico. El segundo período sería el que media de 1820 a 1850, y que representa el apogeo del Romanticismo. De 1850 hacia adelante, aparecieron sucesivamente las escuelas naturalista, simbolista y decadente. Nos concretaremos a dar una reseña sobre la Escuela Romántica. Ante todo, conviene saber el significado de la palabra «Romanticismo». Mad. de Stael dice: «La palabra «Romanticismo» designa en Alemania la poesía surgida de los cantos de los trovadores. Dichos cantos tuvieron origen, a su vez, en la caballería y en el cristianismo. Generalmente se emplea la palabra «Clasicismo» como sinónima de perfección, pero yo la emplearé con otra acepción. Considero clásicos la literatura de los tiempos antiguos y los que tienen pretensiones de modelarse por ella, y romántica la que nació en la Edad Media y la que se concreta a relatar tradiciones nacionales.»

Víctor Hugo se expresa así: «El Romanticismo no es, en último término, más que el liberalismo en literatura.»

Y más adelante agrega: «El poeta debe guiarse por la Naturaleza, la Verdad y la Inspiración.»

Como se ve, el Romanticismo es una teoría puramente negativa, puesto que se limita a repudiar las ideas y preceptos greco-romanos, en boga en la literatura del siglo XIX. Su mérito estriba, pues, en haber libertado a la literatura del yugo de las fórmulas estrechas que la regían.

Busquemos ahora el génesis de la Escuela Romántica. Debido a la gran revolución literaria y artística (nos referimos al Renacimiento), que se inició a principios del siglo XVI, la *admiración* que se había despertado al principio por las obras maestras de los antiguos, se convirtió más tarde en una *mera imitación*, llegándose al extremo de desdeñar completamente la Edad Media. Fueron los escritores franceses los primeros que dirigieron sus vistas hacia la antigüedad, y, de entre ellos, los que con más ahinco y profundidad la estudiaron, fué el grupo literario conocido con el nombre de *La Pléyade*. Como consecuencia de esos estudios sobre las lenguas griega y romana, el idioma francés se enriqueció de nuevos giros y palabras. Esta preferencia por los estudios de las literaturas antiguas y la adopción de sus preceptos, llegó a predominar hasta mediados del siglo XIX, época en que,—como dijimos al principio,—se levanta una protesta contra ese sistema (el clásico)

viduos superiores todos los órganos han llegado a su completo desarrollo. En los mamíferos, mejor que en ningunos otros, pueden observarse diversas modificaciones adaptadas al medio ambiente y a las costumbres del animal; así en los cetáceos las extremidades se han transformado en aletas; en los saltadores, las extremidades posteriores están muy desarrolladas y las anteriores son delgadas; en los cavadores, las patas anteriores, muy fuertes, están provistas de potentes zarpas.

Vemos, por todo lo expuesto, que no sólo hay—en el reino animal—un *proceso constante de evolución* hacia formas más complejas en todos los órganos, sino que estos mismos se desarrollan según la ley de adaptación, obedeciendo a las peculiaridades del medio ambiente y a las necesidades de cada especie, de tal manera que si bien en las más rudimentarias—con necesidades ínfimas que llenar—hay un solo órgano para todas las funciones,—en las más adelantadas existe, en cambio, una perfecta división de trabajo en la organización compleja de su economía.

Pasemos a la prueba embriológica que se refiere a la *vida ontogénica*, es decir, al período que media entre la concepción y el nacimiento. Todos los animales—con excepción de los protozoarios, que se reproducen por segmentación—proceden de una célula primitiva, la célula huevo, que no es más que una masa protoplasmática, granulosa, llamada *vitelio*, limitada por una membrana celular, la *vitelina*, que está circundada por una porción central más espesa, la vesícula germinativa o núcleo. Así es—en sus partes esenciales—la constitución de una célula huevo sea de una corbina como de una rana, de un mono o de un hombre. Se nota ya una íntima semejanza en los orígenes de todos los animales—desde los más imperfectos hasta el hombre—semejanza que se continúa en las distintas etapas por que pasa al embrión hasta alcanzar su respectiva organización y sólo es al acercarse al final de su definitivo perfeccionamiento que se deslindan sus organismos; cada embrión animal sufre, ya de una manera visible, como en la metamorfosis de algunos insectos, ya en el interior del órgano materno que lo contiene, una serie de transformaciones, cada una de las cuales agrega un rasgo más su estructura. Pues bien: los estudios embriológicos más recientes, nos enseñan que cada embrión pasa—desde el momento en que el óvulo femenino es fecundado por el espermatozoide del macho—por una serie de transformaciones que no son más que las correspondientes a los tipos anteriores a la especie a que pertenece el embrión; es decir, que el desarrollo de los órganos de una especie (*evolución filogénica*) concuerda y es paralelo al desarrollo de los órganos en el individuo (*desarrollo ontogénico*). Así el embrión del mono presenta sucesivamente el mismo aspecto de los embriones de los peces, bacracios, reptiles, aves, etc, hasta el del tipo generador.

SOLÍS OTERO Y ROCA.

(Continuará).

## MORTEROS Y HORMIGONES MAS USADOS

		Portland	Cal, grasa en pasta	Arena	Pedregu- llo de 5 a 6 ctms.	USOS GENERALES
MORTEROS	Común		1	3		Para muros de piedra que no están en contacto con la humedad (arena gruesa). Para fábrica de ladrillo (arena terciada). Para revoques (arena fina)
			1	2 1/2		De mayor resistencia que el anterior. (Igual uso).
	Reforzado o Bastardo	1/3, 1/4 o 1/5	1	3		Para pilares, muros de piedra en contacto con la humedad, arcos (arena gruesa); colocación de mosaicos, baldosas, azulejos, (arena terciada); revoques a la intemperie, etc.
		1/3, 1/4 o 1/5	1	2 1/2		De mayor resistencia que la anterior. (Igual uso).
	Imper- meable	1		2		Para fábricas en contacto con el agua
	Hidráulico	1		3		Para recimentaciones, pilares peligrosos, empotramientos de hierros (arena gruesa) rejuntados, etc.
		1		4		Para recimentaciones (arena gruesa). De menor resistencia que el anterior.
		1		5		Para recimentaciones (arena gruesa). De menor resistencia que el anterior.



HORMIGONES	Impermeable	1		2	5	Para fábricas sometidas a subpresiones de agua
		1		1,7	5,7	Para construcciones en cemento armado (Piedra de ctm. 1,5) Dosaje aconsejado por Hennebique.
	Hidráulico	1		3	5	Para cimientos, pilares, revestimientos de vigas, muros y obras similares.
		1		4	7	De menor resistencia que el anterior. (Igual uso).
			1 de mortero común de 1:3		2	Para relleno de tímpanos, bovedillas, contrapiso de mosaico o tubos subterráneos, etc. (En lugar de piedra se emplea cascote).
			1 de mortero reforzado de 1:3		2	De mayor resistencia que el anterior. (Igual uso).
	Algo impermeable.					

OBSERVACIONES.—Las proporciones de los componentes están dadas en volumen.

Para obtener las del portland en peso, recordar que 1 m. c. de portland pesa aproximadamente 1300 kilos.

Para obtener las de la cal viva en peso, recordar que 1 m. c. de cal en pasta se obtiene, aproximadamente, con 750 kg. de cal viva.

MARIO COPPETTI.

## La primera Restauración

Uno de los puntos más interesantes que encierra el programa de Universidad 3.<sup>er</sup> año, es el que se refiere a la primera restauración de ese rey que sus partidarios llamaban en tiempo del imperio Luis XVIII; agréguese a ese interés, la razón bastante poderosa de que es muy preguntado en examen escrito; y serán las causas que motivan la publicación de estos mis modestos trabajos, sacados de algunos libros que tratan sobre el respecto.

Era el 3 de Mayo de 1814 cuando los estampidos de los cañones y los sonidos agudos de las campanas, anunciaban que Luis XVIII, el Deseado, entraba por la puertas de París, sentado en magnífica carroza, tirada por 8 no menos magníficos caballos blancos. El 31 de Mayo se firmó el tratado de alianza; el 1.<sup>o</sup> de Junio las *salvadoras* armadas aliadas se aprestaban para abandonar las ricas campiñas francesas que guardarían inolvidables recuerdos de su corto pero penoso pasaje. El 4 de Junio en las Cámaras reunidas se dió lectura a la Carta que Luis concedía a sus buenos y leales súbditos.

Todo estaba terminado; los períodos álgidos de la Revolución y del Imperio, habían pasado; una reacción completa se había operado; Ney, el mariscal sin miedo, de quien tantas hazañas se contaban de noche en los campamentos, había abjurado; Carnot, el gran patriota, había hecho lo mismo; Angereau decía en una proclama: «Soldados, enarbolemos los colores verdaderamente franceses, que harán desaparecer todo emblema de la Revolución»; por lo tanto, lo único que le faltaba a Luis XVIII—como dice Hery Haussaye—era gobernar, pero para eso, «se necesitaba otro Enrique IV, hábil, intrigante, un poco gascón, indiferente a los principios como a los prejuicios; salvando en el Consejo con la firmeza y el prestigio de un capitán que ha edificado su reino con golpes de espada; activo de espíritu, ágil de cuerpo, de buen corazón y sobre todo *diabla a quatre*» Nada de eso tenía el Borbón; cuando subió con su tardo y pesado paso, las gradas del trono, dijo: «Ya todo está hecho» y sin embargo era grande, muy grande, el trabajo que quedaba para hacer; si después de Austerlitz, alguien hubiera dicho que el gotoso príncipe que llevaba vida tan tranquila en la Inglaterra, llegaría a ceñir la corona de sus antepasados, nadie hubiera creído, so pena de la intervención de un milagro; y ese milagro se efectuó; un décimo de Francia lo aceptó; dos décimos lo acogieron con indiferencia, y los restantes, la inmensa mayoría, estaba en su contra; no en valde se revolucionan los pueblos y se agitan los espíritus; un tratado, ya un Alejandro y un Francisco no pueden en un momento desmembrar la obra de la Revolución y del Imperio. Napoleón, salido del seno de la primera, en algo la respetaba; los que habían adquirido

los bienes del clero y de la nobleza, nada de su parte podían temer, mientras que ahora, un signo de interrogación y de duda flotaba en el ambiente francés; ¿la dime, los derechos feudales serían restablecidos? Las inteligencias trabajaban; el pueblo se sublevaba; Davout, en su diario de informaciones dice que en dos meses hubo 180.000 desertores en el ejército; el pueblo, amotinado en los muelles de la Grève, pedía trabajo, y amenazaba con sus gritos al nuevo régimen establecido. El 11 de Mayo una gran manifestación popular llegó hasta los balcones de las Tullerías y con grandes vociferaciones decían: «plata o muerte; viva el Emperador».

En este mi trabajo quiero hacer resaltar de manera clara y precisa, cuál era la opinión de la Francia a la vuelta de Luis XVIII; algunos historiadores dice que fué con manifestaciones de júbilo que se le recibió, y sin embargo nada más incierto: en los salones, en la aristocracia que renegaba de las victorias francesas ganadas en 20 años, puede ser que eso existiera, pero en el pueblo y en el ejército no. Daré algunos datos para demostrar mi afirmación:

El 13 de Mayo Baudín escribía en una carta al General Dupont lo siguiente: «La campaña y una gran parte de las ciudades están en oposición con los amigos del rey.» «Al menos la mitad del pueblo y sobre todo en la campaña, escribía el 25 de Mayo a Beugnat el presidente de un colegio electoral—es contrario al restablecimiento de los Borbones y no quiere separarse de Napoleón. No quieren creer en la realidad y menos en la estabilidad de esta revolución.»

En Tolón el 4 de Mayo se pegó águilas encima de las flores de lis de los affiches administrativos. En D'ole, el 5 de Junio, se puso la siguiente placa: ¡Vive Bourbon pour trois jours! Vive Napoleón pour toujours!

En Alsacia, en Lorena, en el Franco Condado, en la Champaña, en Lion, en el Loira, etc. etc., se rompían las proclamas oficiales, se quitaba de las azoteas la nueva bandera y se insultaba y maltrataba a la gente que llevaba escarapela blanca. Todos estos datos no son dados al acaso; autores franceses los consignan en sus libros y dan nota detallada de los lugares en que los han encontrado.

Agréguese a esto que los vendeanos decían: Hemos peleado por nuestro rey, y por lo tanto no pagaremos tributo, y se verá que no era fácil la tarea encomendada al Borbón; pero ya que tenemos una idea del campo en que se va a desenvolver el gobierno del nuevo rey en el *19 año de su reinado*, diremos como éste encaró sus dificultades.

Ya desde un principio el tratado de París causó las más vivas molestias en el amor propio francés; éstos, que se acordaban de sus victorias, de sus fronteras ilimitadas, tenían que volver a los estrechos límites del 89 y oír los odiosos sofismas de los diarios oficiales, que decían: «Es una suerte que esos hombres del Norte y del Mediodía no se mezclen en los íntimos asuntos franceses; de manera que éstos se resolverán en familia.» ¡Lógica estupenda! El prefecto de policía, M. Bery-

not, sintió al subir al poder que sus ideas católicas debían de imperar con un absolutismo y una intransigencia única y desmesurada; de manera que con el apoyo de la corte, pero sin consultar el gabinete, prescribió la absoluta y rigurosa observación de los domingos y días de fiesta. ¿Sabéis lo que eso quería decir? Interdicción de todo trabajo y de todo comercio; prohibición de abrir talleres, almacenes, bazares; cierre completo de teatros y cafés, restaurants y cabarets, durante todo el tiempo que se oficiaba; además, cuando las fiestas de Dios; cuando el Divino Sacramento paseaba por las calles de París, se prohibía todo tránsito y se obligaba a los habitantes del camino a recorrer, que alfombraran las calles. Las ceremonias fúnebres en honor de Luis XVI y María Antonieta, dieron lugar a que en los sermones se tratara de asesinar a los hombres de la Revolución; no sólo eso: Pichegrú, Moreau, todos aquellos que habían peleado o conspirado contra la seguridad nacional, merecieron esos homenajes, y el mismo Cadencul, que como decía un autor: «Jorge no es sino un asesino, un ladrón de carrozas públicas», mereció los mismos honores. Es fácil comprender cuál sería el espíritu que animaba a la gran mayoría de Francia, que se acordaba de sus trabajos y de sus victorias; y que veían con honda amargura, que aquéllos se desmembraban, que éstas se olvidaban y criticaban.

Con otra gran dificultad tenían que luchar los Restauradores, y era la falta de plata, el eje, el mecanismo de toda organización administrativa; y para economizar el presupuesto dió otro gran paso en falso, que fué el de poner a medio sueldo gran cantidad de soldados y oficiales y el retirar por completo a otros; ellos fueron sus mayores enemigos, los conspiradores de más tarde, los que atizaban el fuego no apagado del culto a Napoleón; eso es fácil de comprender; sin trabajo, vagos, recorrían plazas y cafés, entusiasmaban las muchedumbres con sus discursos y sus quejas y así captábanse las simpatías del vulgo. No era razón de que por falta de dinero, se habían puesto fuera de servicio a tantos veteranos, para que el rey reclutara su Casa Militar y le diera lujo y proporciones de número considerables, que hacía que su presupuesto se avaluara en 20.900 000 francos! Y entre tanta gente no se encontraba (y eso se decía con gloria y honor) uno sólo que hubiera peleado durante las guerras *desastrosas* para Francia, de la Revolución y el Imperio.

Para dar otra idea del espíritu reinante de la constante incertidumbre en que se vivía, basta recordar la sabia y pensada idea del barón Luis relacionada con la libre salida del trigo; cuando se supo, todo fué consternación; entre los pobres habitantes de la Mancha corrió la idea de que se quería empobrecer al pueblo, de hacerlo morir de hambre; por lo tanto, motines y manifestaciones se sucedían, y en todos los puertos, desde Molaire a Dunkerque, la muchedumbre se oponía a su embarque. Después de la caída del Imperio, la validez de las ventas nacionales habían sido proclamadas 3 veces por el veto constitucional: por la declaración de S. Quen, por el artículo 9 de la Carta, dice tex-

tualmente Houssaye; pero los emigrados no veían esa triple sanción como irrevocable, y hacían todo lo posible para que cambiara ese sistema. Se comprende que esta otra causa debía contribuir para que los cerebros se caldearan más y más.

Creo haber dado una idea del pueblo; trataré de decir lo qué eran el rey, los príncipes y los ministros; es decir: el gobierno, en aquella época agitada.

Sobre el rey, dice un autor lo siguiente: «Hombre de sprit y de cierta inteligencia y buen sentido, pero viejo antes de la edad; dolorido por la gota, temiendo todo trabajo, huyendo de toda contemplación y esquivando toda discusión, miraba al trono de Francia ya como un buen sillón, ya como un puesto de honor». Ese era el monarca; ahora haré pasar ante vuestros ojos los príncipes, sus consejeros.

El príncipe de Artois, que desde la muerte de su querida, Madame de Polastrán, había pasado del libertinaje a la moralidad ultra, odiaba las ideas liberales; era el baluarte, el brazo en que se apoyaban los nobles para pedir y defender sus ideas *sanas y puras*.

La princesa de Angulema, la triste flor marchita en su juventud, nunca tuvo tiempo de demostrar bondad y cordura; sus sufrimientos de la niñez, los fantasmas de su padre y de su madre guillotinado, le hacía ver sangre en las manos de los hombres de la Revolución; por eso los odiaba; a toda persona que se le presentaba, hacía la misma pregunta: ¿Habéis estado en la armada de los príncipes, o en los ejércitos del Oeste? El Duque de Angulema poco pesaba en las decisiones del Consejo; por lo tanto, nada de él diremos.

Un enemigo completo del régimen constitucional, un convencido de los derechos divinos de los reyes, era el duque de Benz; pero sin embargo no protestaba, ¿por qué? porque era apasionado por las mujeres, por los caballos, por la caza y por el mando de los ejércitos, y todo eso lo tenía a su completa disposición.

El Ministerio estaba compuesto por personas competentes, pero que no se entendían entre sí. Hay ministros, pero no ministerio, decía Wellington a lord Castlereay.

Otro factor en contra de la Restauración, fué las giras que hicieron los príncipes de Artois, Benz y Angulema por toda la Francia; lo único que consiguieron fué irritar las poblaciones; Artois dando empleos espléndidos a emigrantes, sin atender a la justicia; Angulema, como dice un autor, «con sus inacabables torpezas», y Benz con su genio hosco y brusco, que le valió más de una reconvención por parte del rey Luis.

Veo que se está haciendo largo mi trabajo; volveré otro día a seguir paso a paso el gobierno de los Borbones, tratando de señalar sus faltas y de hacer comprender la causa de por qué aquel gran capitán del siglo, el más tarde soñador de Santa Elena, volviera a su capital sin derramar una gota de sangre sin tirar un tiro de fusil; y por qué su brillante proclama tuvo el don de hacer fruncir el ceño de zares

y emperadores; de hacer cesar por algún tiempo las maquinaciones de Talleyran y Meternich y de inundar de alegría los corazones franceses. Sí; Napoleón tuvo razón cuando dijo: «Que el águila adornada con los colores tricolores, volaría de tejado en tejado y llegaría victoriosa al campanario de Nôtre Dame.»

FRUCTUOSO PITTALUGA (HIJO).

## Libros nuevos

**Canciones de la Huerta**—*Por Juan M<sup>a</sup> Oliver (hijo)*—Ha venido a enriquecer la biblioteca de la Federación, la última obra del inspirado autor de «Los Crepúsculos».

«Canciones de la Huerta», permítasenos la frase de Valera, «no es en realidad un libro, es un folleto... que da no poco en qué pensar y tiene bastante que leer».

«Bajo el Sol de Otoño», «Creo en ti, Madre Tierra», «Hágase tu voluntad», son verdaderos himnos agrarios por lo espontáneo de su lirismo, la frescura de su inspiración y lo correcto de su forma.

A veces el poeta se deja llevar por el modernismo, y sin embargo, también en esa difícil senda triunfa su numen, como en el extraño Padrenuestro al Sol, donde dice:

Santificada sea para siempre tu lumbre  
 Ahora y en la hora de nuestra pesadumbre.  
 . . . . .  
 ¡Oh Sol Padre que pones un fulgor de placeres  
 en los ojos extraños de todas las mujeres!

Y luego, al retornar a la gama eglógica, canta como en la lira de Garcilaso, diciendo:

¡Padre Nuestro, que ríes con sonrisas eximias  
 en la dulce alegría de todas las vendimias.

No faltan cantos de amor, inspirados por una musa a quien suplica con fervor, clamando:

Sé piadosa en mi mal, como un Ave María.

Otras veces sigue las huellas de Becquer, murmurando en sus rimas, plenas de tristeza:

Tener que hablarte a solas muchas cosas  
y ya juntos los dos,  
sufrir la tiranía del silencio  
sobre mi corazón...

Y en la doliente pena que el Otoño  
vuelca sobre el jardín,  
pensar que hay tantos muertos en la vida  
que no pueden morir.

«Canciones de la Huerta» es, en resumen, una obra sana y vigorosa; su autor es un temperamento poético de primer orden; por lo tanto, al regocijarnos con el éxito obtenido, enviamos nuestras más sinceras felicitaciones al poeta.

E. T.

---

## Publicaciones recibidas

---

**Anales de la Liga de Estudiantes Americanos**—Hemos recibido el núm. 2, año II, de esta publicación universitaria, que dirigen los bachilleres Rafael Capurro y Enrique E. Buero, Director y sub Director-Secretario respectivamente de la Oficina Internacional Universitaria Americana.

A fin de que se pueda juzgar de la importancia del volumen impreso, que consta de cerca de 150 páginas de gran formato, transcribimos a continuación el sumario respectivo:

Fae et spera, por el doctor Juan Antonio Buero—Los Congresos Universales de Estudiantes, memoria del Presidente del Comité C. Internacional de la Corda Frats, 1911-1913, por George W. Nasmith—Sesiones del Congreso de Sthaca—Una página interesante, discurso del Secretario de Estado Hon. William J. Brijan a los Delegados del VIII Congreso Internacional de Estudiantes—La postergación del IX Congreso Universal de Estudiantes y del IV Congreso de Estudiantes Americanos—El Estudiante es la vida del obrero, por el bachiller Lorenzo Vicens Thievent—El estudiante frente al problema de las relaciones sexuales.

—Anales—Chile. Elecciones de delegados al Congreso de Santiago—Perú. Actitudes del Centro Universitario—La literatura americana—Gira interesante por Sud América, por Wendell Philips—La Biblioteca Americana—Franquicias telegráficas otorgadas a la oficina I. Universal Americana—La cátedra libre en el Uruguay; Proyecto del Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública, doctor Baltasar Brum—Proyecto de ley. Informe de la Comisión de Instrucción Pública de la H. Cámara de Representantes, por el diputado doctor Héctor Miranda—En pro de la Oficina I. Universitaria. Proyecto de ley y exposición de motivos; por el diputado don Julio M.<sup>a</sup> Sosa—El sub-director de la Oficina I. Universitaria. Su viaje a los Estados Unidos—Tabla Cronológica del movimiento internacional de estudiantes.

**La Aduana Uruguaya.**—Bajo la dirección de don Guillermo Aguiar, esta revista, que comenzó a aparecer en Octubre del año pasado, ha tenido la gentileza de remitirnos su colección íntegra.

Dedicada al estudio de las cuestiones administrativas y judiciales de la Aduana, esa revista es de gran utilidad para los estudiantes de Economía Política y de la Escuela de Comercio, por cuyo motivo se la recomendamos.

Su salida es quincenal y cuenta con un buen número de páginas.

Al establecer el canje con «La Aduana Uruguaya», le deseamos larga y próspera vida.

**Revista Centro Farmacéutico Uruguayo.**—Año XXIII N.º 1—El material aportado por el último número de la vieja revista, puede, sin exageración, ser calificado de excelente e indiscutible su utilidad para los estudiantes y graduados de Farmacia.

**Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de Medicina**—Año XV N.º 162.—Como todas las publicaciones de los centros adheridos a la Federación Universitaria de la república vecina, la revista que nos ocupa ofrece a sus lectores un sumario variado y con firmas de primer orden, no sólo en lo que a medicina se refiere, sino en los artículos de interés para los estudiantes en general.

En la sección «Vida Universitaria» dedica sentidos párrafos a la memoria del doctor Héctor Miranda, y nos acompaña en esta hora de duelo.





## **LA EMPRESA DE COBRANZAS**

**PEREA Y Cía.**

SORIANO, 923

MONTEVIDEO

A cuyo cargo está la cobranza de la Federación de los Estudiantes del Uruguay, agradecería a los señores asociados le comuniquen todo cambio de domicilio, la falta de entrega de EVOLUCIÓN y cualquier irregularidad que noten en sus empleados.

# COLEGIO URUGUAYO

LICEO DE ENSEÑANZA SECUNDARIA

HABILITADO POR LA UNIVERSIDAD

Escuela práctica de comercio

CLASES ELEMENTALES Y DE INGRESO

DIRECTORES: Doctor ADOLFO BERRO GARCIA  
Contador JOSE DUCOUSSO

AVENIDA 18 DE JULIO, 1425-1431

Teléfono LA URUGUAYA, 1521 (Cordón)

MONTEVIDEO

## CUERPO DE PROFESORES

### CLASES UNIVERSITARIAS

Geografía 1.º—Profesor Eduardo Frocham Márquez.  
Historia Americana y Nacional—Profesor Eduardo Frocham Márquez.  
Francés.—Profesores José Ducoussó y M. Ponsot.  
Gramática 1.º—Doctor Adolfo Berro García.  
Literatura.—Profesor Jerónimo Zolesi.  
Aritmética. Profesor Manuel Gago Sánchez.  
Física.—Ingeniero Carlos M. Maggiolo y Arquitecto Román Berro.  
Gramática 2.º—Profesor José Doderá.  
Álgebra.—Profesor José Arbolea.  
Geometría.—Profesor José Arbolea.  
Dibujo.—Arquitecto Diego Noboa Courrás.  
Química.—Profesores Santina Duchini y Félix G. Fernández.  
Geografía 2.º—Doctor Adolfo Berro García.  
Cosmografía.—Doctor José F. Arias.  
Zoología.—Doctor Roberto Berro.  
Zoografía.—Bachiller Severiano de Olea.  
Botánica.—Bachiller Severiano de Olea.  
Gimnástica.—Profesor Bernardo Larraalde.  
Mineralogía.—Bachiller Severiano de Olea.  
Historia Universal.—Doctor Adolfo Berro García.  
Filosofía.—Bachiller Antonio M. Grompone.  
Inglés.—Profesor Henry C. Ayre.

### CLASES DE INGRESO

Ingreso a Bachillerato.—Profesor Eduardo Frocham Márquez.  
Ingreso a la Escuela de Comercio.—Profesor Manuel Gago Sánchez.  
Ingreso a la Facultad de Matemáticas.—Ingeniero Carlos M. Maggiolo.  
Ingreso a la Escuela de Agronomía.—Profesor Alfredo César Buxareo.

### HONORARIOS

Clases elementales . . . . .	\$ 5.—
Clases Universitarias: (Plan viejo). Una asignatura . . .	» 5.—
Varias asignaturas (c/una) . . .	» 4.—
Clases Universitarias: (Plan nuevo) 1.º año, 8 materias . . .	» 16.—
2.º, 3.º 4.º año, todas las materias . . . . .	» 20.—
1 Materia . . . . .	» 5.—
2 Materias (cada una . . . . .	» 4.—
5 q más (cada una) . . . . .	» 5.—
Clases de Ingreso a Bachillerato . . .	» 5.—
Clases de Ingreso a la E. de Comercio . . . . .	» 12.—
Contabilidad y Teneduría de Libros . . . . .	» 5.—
—	
Pupilage . . . . .	\$ 20.—
½ pupilaje (almuerzo, té y comida) . . . . .	» 15.—
¼ pupilaje (almuerzo y té). . . . .	» 10.—
Estudio y té. . . . .	» 5.—
Lavado y planchado. . . . .	» 3.—

NOTA.—Todos los honorarios se cobran por adelantado.